



A. G. MURPHY

¡ACUSADO!





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. 2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 - » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 - » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy
 - » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy
 - » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet
 - » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 - » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 - » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 - » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 - » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 - » 48.—
 - » 49.—
 - » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 - » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 - » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.

En preparación:

MISTERIO EN VIENA

I

EL BILLETE DE QUINIENTOS DOLARES



L mediodía, de agosto, era sofocante. Ni siquiera la brisa provinciana del lago Michigan mitigaba el enorme calor. Un hombre menudo y vivaracho, trasudando por todos sus poros, descendía por una de las aceras de La Salle, resguardándose del sol bajo los toldos de lona de las tiendas.

Pronto su paseo quedó cortado, junto con el de otros transeúntes, poco más arriba de la puerta del Savings Bank. Lo mismo ocurrió con los que marchaban en dirección contraria. Y todos ellos, obligados por la intimidación de sendas ametralladoras que un par de soldados, que habían saltado de un «*jeep*», mantenían fuertemente apretadas en sus manos.

Apenas si la gente tuvo tiempo de preguntarse qué era lo que ocurría, cuando, frente a la puerta, descubrieron un potente automóvil color guinda, con matrícula oficial, del que descendían dos personas, al parecer de alta graduación dentro del Ejército de los Estados Unidos, mientras un tercero, con galones de sargento, quedaba al volante.

Los dos militares avanzaron decididos sobre la puerta del Banco y transpusieron el umbral con recias pisadas. Lo que ocurrió después fue cosa de segundos. Los dos personajes de alta graduación volvieron a salir; pero, esta vez, sus movimientos eran un tanto nerviosos. Uno de ellos portaba un saquete bien repleto y el otro empuñaba con decisión una pistola ametralladora. Saltaron al automóvil oficial y éste salió disparado a sesenta por hora, seguido de cerca por el «jeep», al que habían subido ya los dos soldados.

En el interior del Banco se notaba un gran revuelo. Pero el hombrecillo sudoroso no esperó a que le aclararan lo sucedido. Entró en una de las tiendas vecinas y pidió permiso a uno de los empleados para usar el teléfono. Parecía nervioso, pero nunca había estado tan sereno, tan seguro de sí mismo.

—¿Departamento de la Policía Federal? —preguntó, con su voz atiplada en cuanto le hubieron puesto la comunicación—. Aquí Allison. Quiero hablar con el inspector Arnold. ¡Ah, eres tú! Escucha con atención y agárrate a algo, no vayas a caerte. Una noticia fantástica, querido. ¿Qué...? ¿Cómo dices? ¿Qué vaya al grano? ¿Qué te cripo los nervios?... De acuerdo; hablaré claro, pero ya sabes que no puedo hacerlo sin usar algunos rodeos. ¡Por Dios, Roderick! ¡Está bien, está bien! Oye, puedes cogerte el coche más rápido y venirte hacia acá, hacia la calle La Salle... Sí, sí; La Salle... Acaban de asaltar el Savings Bank... ¿Muertos? No, nada...; no se ha disparado ni un solo tiro. Buen asunto para...

—Sí —cortó el otro—; para celebrar el primer aniversario de mi boda. Hoy hace precisamente un año que me casé y pensaba celebrarlo. Tengo incluso las invitaciones encargadas. ¡Ésta sí que es buena!... Y Mary pensando en este día y en su fiesta... Me parece que esta vez va a tener razón para insistir en su deseo de que dimita de mi cargo. ¡Y puede que lo haga, qué diablos!

C. S. Allison, confidente del

F. B. I.,

no hizo caso de aquella andanada. Era del dominio público que su mujer había intentado retirar a Roderick de su profesión; pero tampoco era un secreto que no lo había conseguido, pese a que Arnold, en sus arrebatos de mal humor, solía lamentarse de no haberla hecho caso. Era el inspector del

F. B. I.,

un joven de mucho carácter, muy independiente, para haberse conformado a vivir del patrimonio de su mujer.

Con su boda, Roderick Arnold estaba tres veces más rico que lo eran sus padres al morir. Pero esto no le importaba. Se había casado muy enamorado de su mujer y no quería aprovecharse de su fortuna más que lo estrictamente necesario para que ella no se sintiera ofendida. De ahí que siguiera en el

F. B. I.,

contra los deseos de su esposa, cosechando nuevos laureles que agregar a los ya ganados en el caso donde ambos se conocieron y se amaron[1]. Desde el primer momento se lo había hecho ver. Su trabajo era para él algo tan vital para su vida como el comer o el respirar.

—Si he de serte franco —la había dicho—, lo necesito casi, casi tanto como a ti; pero sólo casi, ¿entiendes?

Ella se sabía muy adorada, y, en lugar de enojarse, la halagó ser la primera de dos grandes amores. Esto aclarado, todo les sonreía. Roderick Arnold alternaba su vida burocrática y de aventuras con la de sociedad, y ambos estaban contentos. Porque si para él su puesto en la Policía Federal le era tan necesario como el respirar, para ella todo esto lo representaba las reuniones, las fiestas, los entretenimientos honestos, pero costosísimos, a que estaba acostumbrada: visitar casi a diario los mejores restaurantes (todavía no se había decidido a tomar cocinera), los «*night-clubs*» más lujosos. Si él, suavemente, intentaba oponerse, ella le argüía que aún estaban en la luna de miel.

—Somos jóvenes, estamos recién casados y nos queremos; esto bien vale que te sacrifiques un poco.

Por su modo de hablar, Mary Ferguson hubiera parecido intrascendente, pero no lo era. La única razón de su modo de pensar estribaba en su gran amor y en la creencia, muy humana por otra parte, de que cualquier marco grandioso era demasiado chico para

su inmensa felicidad.

Desde luego, si no hubiera podido celebrar la fiesta del aniversario de su matrimonio, a la que ya había invitado a lo más selecto de la sociedad de Chicago, lo hubiera sentido. Pero de esto a que, sólo por no poder hacerlo, coaccionara a su marido, como éste, entre bromas y veras, parecía haber dado a entender, mediaba un abismo. Era comprensiva y sabía que uno de los más fuertes pilares en su matrimonio sería siempre el de la mutua comprensión.

Roderick Arnold y el confidente se encontraron un cuarto de hora después a la puerta del Banco, donde la gente formaba corrillos y cambiaba comentarios. Al inspector del

F. B. I.,

lo acompañaba un par de sus mejores agentes especiales. Pasaron al interior e interrogaron a los empleados y a los clientes. Todos estaban de acuerdo en la ligereza con que los atracadores habían operado. Habían sabido aprovecharse de la sorpresa causada por sus uniformes y por el empaque con que los vestían.

—No parecían atracadores disfrazados, sino verdaderos jefes del Ejército —apostilló el cajero.

—¿Cuánto se han llevado?

—Cien mil dólares en billetes de quinientos, empaquetados en fajos de a cien. Todos nuevos, sin estrenar. Hoy mismo habían llegado de la Central de Washington.

Roderick Arnold tomó algunas notas relativas a la serie y los números de los billetes robados. Luego, en compañía de C.

S. Allison

y de sus agentes especiales, volvió a la calle, subieron al coche y se dirigieron hacia donde los atracadores habían huido. Por distintas calles, a través de varias millas, pudieron seguir la pista del coche color guinda y del «jeep». Enseguida perdieron la pista de éste y, poco más tarde, la del otro, en una transversal de la Monroe. Por si volvían a encontrarla, Roderick dejó el coche a sus agentes y él regresó en un «taxi», en unión del hambrecillo, a las oficinas. Desde aquí telefoneó a su colega de la Policía Metropolitana y le puso en antecedentes de lo ocurrido, dándole el número y serie de los billetes robados. Hecho esto, reunió al resto del personal de servicio y estuvo con ellos tratando del mejor modo para iniciar las investigaciones.

—Por dos motivos, esto compete al

F. B. I.

—dijo el inspector, sentado en una de las esquinas de su mesa de despacho—. El atraco ha sido efectuado en una entidad bancaria protegida por el Estado, y, por otra parte, los atracadores han usado uniformes del Ejército.

Todos asintieron en silencio; Roderick prosiguió:

—Nos dividiremos el trabajo lo mejor posible. Las indagaciones han de ir dirigidas, en primer lugar, contra los sospechosos de siempre. Los detendremos e interrogaremos. Es arduo y penoso, pero no hay más remedio. De fallar, buscaremos por otro lado.

Distribuidos por parejas y sectores, los hombres del

F. B. I.,

pusieron manos a la obra. Roderick Arnold se quedó con la única compañía del confidente.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo, mientras se abanicaba el rostro con el sombrero, cuando los demás, hubieron abandonado la oficina.

—¿Hacia dónde vamos?

—Creo que será bueno hacer una visita a las cercanías del canal de Illinois. Allí, como sabes mejor que nadie, tenemos buena gente.

La entonación de Roderick era suave, casi risueña, más se le notaba preocupado. Pero no necesitó sino hablar dos minutos con su mujer para que no le esperara en el almuerzo y para que no contara tampoco con su presencia en la fiesta de aniversario, y su frente se aclaró.

—Desde luego, procuraré ir lo antes posible, aunque sea a última hora.

—Prefiero cancelar los compromisos. Sin la seguridad de que estés conmigo, no habrá fiesta.

—Como quieras. Adiós, querida.

Apenas había colgado, repiqueteó el timbre. Volvió a llevarse el auricular al oído, preguntó quién llamaba y escuchó unos segundos, en silencio; luego se volvió hacia C.

S. Allison:

—Acaban de hallar el coche color guinda. Reyili, el inspector de la Metropolitana, me lo acaba de decir. También ha dicho que ha recibido una denuncia del parque móvil del Ejército de que ese

mismo coche ha sido robado hace un par de horas. Pertenece al mayor Crach.

A las cuatro de la mañana, aspeado, sudoroso y con bastante mal humor, Roderick Arnold entraba en su casa de la avenida Michigan. El más rotundo fracaso había coronado sus primeras indagaciones. Ni un solo cabo por dónde sacar el ovillo había conseguido hallar. Subió despacio las escaleras y, de puntillas, se dirigió al cuarto de baño. Tomada una buena ducha, se dirigió a su alcoba. La luz estaba apagada, pero un rayo de luna iluminaba el rostro de su mujer. Dudó un segundo entre sí besarla o no, por temor a despertarla, si es que estaba dormida; pero la tentación fue más fuerte que su voluntad. Se inclinó, pues, sobre ella, y antes de que sus labios hubieran rozado la piel del rostro de su esposa, los brazos de Mary Fergusson se habían ceñido a su cuello.

—Me tenías intranquila, querido. Perdona, pero no podía dormir.

Él la palmeó cariñosamente una mejilla y luego la besó en la boca.

—¿Te encuentras ahora mejor?

Ella afirmó con un gracioso gesto de su encantadora cabeza.

El inspector del

F. B. I.,

no durmió mucho. A las ocho de la mañana estaba de nuevo en pie, junto al teléfono. Le hablaba su colega de la Metropolitana.

—Tengo algo para ti, Roderick. En la calle Randolph se ha descubierto un doble crimen: el señor y la señora Chelson. Un matrimonio de no muy buenos antecedentes, al parecer. Se sospecha que ha habido rapto. Por lo menos, una joven, hija del matrimonio, ha desaparecido.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? Eso entra de lleno en tu jurisdicción, Reyili.

—No, amigo. Escucha con atención. En la mano del muerto hemos hallado, ni más ni menos, que uno de los billetes de quinientos robados ayer en el Savings Bank. ¿Qué te parece la noticia?

—¡Estupenda! Voy para allá; cuida que no toque nadie nada.

Quince minutos después, Roderick Arnold hacía acto de

presencia en la casa de la calle Randolph. El piso donde estaban los cadáveres no era una gran cosa, pero tampoco podía decirse que estuviera mal. Los muebles, ropas y enseres de la casa, aunque de no muy buena calidad, estaban relativamente en buen uso.

Dos fotógrafos de la Policía retrataban los cadáveres desde todos los ángulos antes de trasladarlos al depósito. Roderick posó una mirada distraída sobre ellos y luego preguntó dónde estaba el billete.

—Aquí lo tienes, Roderick —respondió Reyili.

El inspector del

F. B. I.,

lo cogió y comprobó el número y la serie en su libreta de anotaciones. Efectivamente, su colega no se había equivocado. Era uno de los robados y resultaba arduo imaginarse cómo había ido a parar allí.

Dándole vueltas entre sus dedos, el joven del

F. B. I.,

se dedicó a buscar por la estancia una posible pista. No la halló por el momento, pero en su mente llevaba grabado, como en una máquina fotográfica, todo el trágico escenario.

Había sillas volcadas y algunos cuadros caídos. Se veía que había habido lucha. El cuerpo de las víctimas había sido acribillado a cuchilladas, y aunque el arma homicida no aparecía por parte alguna, por las características de las heridas, Roderick dedujo se trataba de un afilado estilete italiano.

De junto a la mesilla de noche, el inspector levantó una vieja fotografía, en quien reconoció sin esfuerzo a la mujer muerta. Inconscientemente, después de haberla echado un vistazo, la dejó caer en el fondo del cajón de la cómoda, cuyo contenido había sido revuelto. «¿Qué era lo que los visitantes nocturnos habían andado buscando?», se preguntó.

Roderick interrogó a los vecinos de la casa y a los porteros. De los primeros, aquellos que vivían frente al cuarto de las víctimas, aseguraron haber oído ruido alrededor de las tres de la mañana; pero no habían hecho caso, porque era corriente que los viejos se enzarzaran. Los porteros, preguntados sobre la muchacha desaparecida, afirmaron que había salido al anochecer, en plan de viaje.

—Lo decimos porque llevaba un maletín.

—Y de los asesinos, ¿qué saben ustedes?

Los porteros, un hombre y una mujer como de cincuenta años, se quedaron cortados ante pregunta tan directa.

—Yo... nosotros —tartamudeó él.

—¿Los vieron entrar? ¿Eran conocidos de la casa?

La mujer miró al hombre acobardada. Nerviosamente retorció un pico de su delantal.

—Habla claro, Dick... En realidad, era una familia poco recomendable.

—Los vimos entrar, sí, señor inspector. Se trata de dos jóvenes que los visitaban muy a menudo. Vinieron a eso de las dos de la madrugada y me despertaron golpeando por la ventana. Solían darme algunas propinas y yo les servía no tanto por esto, cuánto porque me causaban miedo. Solían soltar tacos verdaderamente gruesos a nada. Me preguntaron si la señorita Eva estaba arriba, y cuando les dije que tenía la impresión de que se había marchado fuera de Chicago, se pusieron furiosos.

El inspector del

F. B. I.,

preguntó entonces por las señas personales de los dos individuos; pero las que la mujer facilitó diferían en algo de las del marido, por lo que Roderick dedujo que eran hombres corrientes, sin ninguna característica especial, y su captura no había de ser tarea fácil.

En lo referente a Eva Chelson, la hija de los difuntos, todo el mundo estuvo de acuerdo. Era una muchacha como de veintidós años, rubia, muy guapa, de genio irascible. A la menor contrariedad gritaba como una condenada.

Ni el inspector del

F. B. I.,

ni sus agentes, ni sus colegas de la Metropolitana encontraron fotografías de ella. Era extraño, desde luego, que una chica joven, guapa y, al parecer, coqueta, no se hubiera retratado nunca.

—Tal vez se las ha llevado consigo —dijo Roderick.

Pequeña era la base en que apoyar las pesquisas. Pero el

F. B. I.,

aparte de su valor en la lucha abierta, tiene otra envidiable cualidad: la paciencia. Roderick Arnold se hizo cargo de todo el

material que la Policía Metropolitana había acumulado. Era seguro que aquellas muertes guardaban estrecha relación con el atraco al Banco, y, en ese caso, el asunto pasaba a sus manos.

Había pocos indicios, pero de ellos, un día u otro, estaba más que seguro, brotaría el hilo por dónde desenredar la madeja. Sólo se necesitaba para ello tesón e inteligencia, y al Inspector del F. B. I., no le faltaba ninguna de las dos cosas.



ha salido una publicación infantil, de dibujos
moral y amena:

AVENTURAS DEL F. B. I.

II

PRELUDIO FELIZ



QUEL día de agosto, en Nueva York, las perspectivas de la vida de Clarence Frick eran muy halagüeñas. Nada hacía presagiar lo que se avecinaba. El sol, en su cénit, caía a plomo sobre la ciudad, y, aunque el calor era sofocante, ni él ni la joven que le acompañaba parecían percibirlo en absoluto.

Acababan de dejar uno de los pabellones —el destinado a psiquiatría— del Medical Center, aquella serie de edificios, verdadera ciudad del dolor, que se levanta en Broadway a la altura de la calle Ciento Sesenta y Ocho. Ninguno de los dos hablaba. En el rostro moreno y rasurado de Clarence se dibujaba una sonrisa de satisfacción. Ella le miraba y, contagiada de su sonrisa, sonreía

también.

—¿Contento, Clare?

Antes de responder, el joven abrazó a su acompañante por los hombros.

—Feliz —dijo, simplemente. Y luego, después de breve pausa, añadió—: Vuelvo a ser un hombre, Ada. Un hombre sin miedos pueriles, sin vanas sombras, como las que me han aprisionado durante tanto tiempo.

—No puedes quejarte —la voz de Ada era dulce, persuasiva, como acostumbrada a tratar enfermos caprichosos—. Ni debes recordar nada de tu pasado. Tienes mucha vida por delante, Clare; vívela.

A Clarence le tembló ligeramente el brazo con que mantenía estrechada a la joven.

—¿Crees que podré? ¿De veras que ya no soy un enfermo?

—No lo eres; tú lo has dicho hace poco. Aunque el médico me ha designado para vigilar tus «malos pasos» —subrayó, siempre sonriente— durante un par de semanas, estás completamente bien. De lo contrario, el doctor Dickson no te hubiera facilitado el alta. Pasadas esas dos semanas, estate seguro, podrás lanzarte a la conquista del mundo. Tú cámara y tu pluma de repórter volverán a actuar y alcanzarás las cimas de la gloria...

—Sí —cortó Clarence, con tono triste—; aquella gloria que se truncó en Caen.

—Eso ya pasó, Clare —dijo la muchacha—. No hay por qué recordarlo.

El joven apretó aún más contra sí a Ada.

—No temas; puedo recordar aquello sin alterarme.

—Es un buen síntoma; pero... todas las precauciones son pocas —con brusca transición cambió de tema—: ¡Uf! ¡Hace un calor de fuego!... Sé galante e invítame a un «coca-cola».

—Lo siento. No dispongo de dinero todavía. Una de las normas de los psiquiatras es la de dejar limpios los bolsillos de sus pacientes.

—Perdona; se me había olvidado devolverte tu cartera y tu dinero. Estás en libertad de hacer de él el uso que prefieras...

—Con las restricciones que tú me pongas.

—Solamente por quince días.

—¿Dónde iré a vivir? ¿Me has buscado alojamiento?

—Todo está arreglado: en la misma pensión donde te hospedabas antes. Por ahora, no debes preocuparte de nada.

Los ojos de Clarence se enturbiaron. Tal vez pensó que, pese a todo, todavía no podía valerse por sí mismo. El cerebro podía fallarle otra vez, como aquel día en las costas francesas. Ada lo percibió y quiso librarle de cualquier triste recuerdo.

—¿Qué hay de esa

«coca-cola»?

—preguntó.

Clarence Frick había soltado el hombro de la joven y dejado caer su brazo con desaliento a lo largo del costado. Instintivamente, Ada le agarró de la mano y se apretó melosa contra él. Clarence sonrió:

—Eres una niña, Ada; te prometo no darte mucho que hacer. Seré un paciente modelo. No me enfadaré ni querré nada de lo que tú me prohíbas. En fin, te haré llevadera la papeleta que el doctor Dickson te ha largado al encomendarte mi cuidado durante la convalecencia.

—Tú no eres ya un convaleciente, Clare. Estás perfectamente sano.

—Desde luego —respondió, con cierta ironía amarga, Clarence—. Pero, en ese caso, ¿quieres decirme por qué tienes que vigilarme durante quince días más?

El exabrupto hirió de lleno el corazón de la muchacha, que cerró los ojos con gesto de dolor. Fue un segundo tan solo. Enseguida se repuso y, sonriente, entre bromas y veras, respondió:

—Tal vez sea porque el doctor Dickson haya comprendido que me quieres y espere que en estos quince días te me declares.

—Pues se equivoca. Ninguna gatita de uñas afiladas como las tuyas me cazará.

—Sin embargo, hace poco me llevabas abrazada.

—Era para practicar. ¿Cuántos meses hace que no hablo con otra chica que tú? ¿Tres, cuatro, diez?

—Cinco exactamente.

—Y te habré dicho muchas tonterías en esos cinco meses, ¿verdad? Incluso te habré besado. ¿Estaba en el programa de la clínica el dejarte besar por mí?

—Ni estaba en el programa, ni tú me has besado, ni yo lo hubiera permitido —dijo ella, ruborizada.

—¿Cuándo te di el primer beso? Sé buena y dímelo —preguntó él, regocijado por el rubor de la joven.

Ada bajó los ojos.

—Tú sabes bien que fue anoche. Te aprovechaste de la situación. Acababa de llamarme el doctor para darme tu alta preventiva. Me acerqué a tu cuarto a ponerte en antecedentes de lo que el médico quería de nosotros durante un par de semanas más. Tú no tenías familia en Nueva York y deberías volver a la normalidad de la mano de alguien. Ese alguien sería yo. Nadie más indicada para ello; durante cinco meses he sido tu única enfermera...

—Y fue entonces cuando te besé. Lo recuerdo perfectamente, Ada. Te besé como lo volvería a hacer en estos momentos, si este Broadway estuviera menos animado. Te besé en la boca y lo hice a conciencia, porque tú sabes, Ada, que, sin bromas de ninguna clase, yo te quiero. Estoy completamente loco por ti —hizo una breve pausa, como sorprendido—. ¡Loco! ¡Qué horrible! ¡No volveré a pronunciar semejante palabra!

—No te dé miedo, Clare; yo también estoy loca, rematadamente loca por ti; pero esta clase de locura nos hará muy felices a los dos. No te preocupe pronunciar la palabra «locos». Lo estamos, sí; pero jamás con una locura tan cuerda...

—¿Entonces...?

—¡Te quiero, te quiero y te quiero! Y no quiero botella de «coca-cola»,

ni entrar en ningún establecimiento. Quiero caminar a tu lado hasta caer rendida. ¡Quiero medir contigo el lomo de este Nueva York inmenso, siempre de espaldas al Medical Center, donde he sufrido tanto viéndote sufrir a ti!

—No volverás a él. Desde hoy en adelante, para siempre, serás exclusivamente mi enfermera.

Insensiblemente habían avivado el paso. Caminaban sin rumbo fijo. Los brazos de cada uno se enlazaban ahora a la cintura del otro. Ella musitó:

—Para siempre, para siempre...

Almorzaron en uno de los infinitos restaurantes modestos («childs») del barrio italiano. Al pagar, Clarence se asombró de

hallar su cartera tan repleta. Ella aclaró que la Dirección del periódico para el que él trabajaba cuando el «accidente», le había pasado, cada semana, religiosamente, sus honorarios. Todos sus amigos de la Redacción habían ido a verle, pero no se les había permitido la entrada por orden médica.

—Buenos muchachos todos ellos —dijo, satisfecho, haciendo chasquear sus dedos sobre la mesa. Luego, con cierta ironía no exenta de júbilo, añadió—: Soy casi rico.

De nuevo en la calle, ella propuso pasear por el parque Central, y tomar allí café.

—Yo tengo un programa mejor, si lo aprueba la señorita enfermera: visitar el parque de la Batería, que está más cerca. Luego, marcharemos a la playa de Coney Island, nos bañaremos y visitaremos a los tiovivos.

—Antes compraremos bañadores, ¿eh? Porque no querrás que faltemos a las ordenanzas municipales en materia de moralidad...

Clarence rió, regocijado. De paso hacia el parque de la Batería, adquirieron los dos bañadores. Allí estuvieron durante un buen rato con las manos cogidas y mirándose a los ojos. Hablaban de trivialidades, pero sus corazones palpitaban a un ritmo tan acelerado como si estuvieran diciéndose los mayores madrigales.

El morro de la Batería, estrechado por los brazos del Hudson y del río del Este (East River) —en cuyas aguas pululaban enjambres de chiquillos—, tiene a sus pies las imponentes moles de los primeros rascacielos de Manhattan, y, a su espalda, la sábana líquida de la bahía interior. Por ésta, incesantemente, iban y venían «ferrys» repletos, que volcaban sus cargas en las distintas y cercanas costas: las de las islas Staten, Coney, Gobernador, etcétera. Clarence propuso tomar este medio de transporte para su convenido viaje a la playa; pero Ada, quizá simplemente por decir algo, le llevó la contraria.

—Me gustaría más ir por ferrocarril.

En una de las estaciones cercanas al puente de Brooklyn cogieron el tren, y en cincuenta minutos de alocada carrera, llegaron a su punto de destino.

La playa de Coney Island era un hervidero de gente. No había, vulgarmente hablando, dónde clavar un alfiler. Clarence y Ada se vieron y desearon para llegar hasta el agua, una vez cambiados sus

trajes en una de las múltiples casetas multicolores plantadas en la arena a lo largo del malecón.

Volvieron al anochecer. Esta vez por el camino de la bahía. La atmósfera era diáfana. La brisa, suave, acariciante. Millares y millares de luces, como un rosario de luciérnagas, brillaban a lo lejos, a ambos costados del barco. A su frente, las mucho más compactas de Manhattan ponían un halo incandescente en el espacio.

Acodados en la borda, rodeados de canciones y músicas, Clarence y Ada sentíanse transportados a un mundo de ensueño jamás entrevisto hasta entonces. No se atrevían a hablar, casi a respirar, por miedo a romper el hechizo. Pero sus manos, sus cuerpos y sus cabezas estaban juntos, unidas sus almas en una comunión de anhelos nunca sentida.

Al desembarcar, Ada, con un esfuerzo, intentó hacerle ver a Clarence la conveniencia de retirarse a la pensión. Él, por su parte, respondió que había algo mucho más urgente que hacer: visitar a los padres de ella, puesto que aún no era una hora demasiado intempestiva.

—Si piensas que debemos casarnos —la dijo—, éste es un paso que no quiero demorar. Yo no tengo familia; pero, de tenerla, estoy seguro de que me gustaría que la conocieras y te conocieran enseguida.

Ada titubeó. A través de la mano con que la tenía cogida, Clarence notó un escalofrío.

—Yo; no sé sí... ¿Por qué no esperamos a mañana?... Ignoro cómo tomarán mis padres esta decisión nuestra; quisiera prevenirles.

—Tienes veinticuatro años, Ada. Ya no eres una niña. Yo tengo veintiocho, si no me falla la memoria, y sé muy bien lo que me hago —al oírse pronunciar aquel «muy bien», la frente de Clarence se frunció. Le había asaltado el temor de precisar tutela todavía—. ¿Crees tú verdaderamente que muy bien? —preguntó.

—Estoy segura de ello, cariño.

—En ese caso, permíteme que insista.

Ella quiso decir algo, abrió la boca; pero, al fin, se encogió de hombros.

—Sea como tú quieras —dijo.

Clarence notó algo extraño en la actitud de Ada.

—¿Qué clase de gente son tus padres, que te cueste tanto trabajo presentarme a ellos? ¿Temes que no les satisfaga mi persona?

La joven palideció. Un pensamiento desagradable debió de cruzar por su cerebro, puesto que sus ojos se velaron.

—Si lo deseas, Ada, dejémoslo para otro día.

Con gesto resignado, la joven se decidió.

—Sería igual otro día. Al fin y al cabo, tendrías que conocerlos. Creo que hemos soñado demasiado en estas últimas horas. Siempre ocurre así; pero, al final, la realidad se impone. ¡La fea realidad! — La amargura de su tono se hizo casi patética al añadir—: Pensaba preparar el escenario; pero será mejor que los veas, desde el primer día, tal y como son, que nos veas a todos tal y como somos, en nuestra propia salsa.

—Tú eres como eres y nadie, jamás, me hará cambiar de opinión respecto a ti.

Ella esbozó una triste sonrisa.

Bajaron al «subway» y entraron en uno de los coches del «exprés»[2]. Sin soltarse las manos, cada cual iba hundido ahora en sus pensamientos. El vagón estaba abarrotado. Todos los idiomas conocidos se escuchaban allí como en una nueva Babel. A la altura de la calle Ciento Veinticinco, el tren sufrió una súbita metamorfosis. Todo él se hizo negro de pronto. Mujeres, hombres, niños negros por todas partes. Muchachas núbiles vestidas de colores chillones, con lazos a la cabeza, dejando ver al reír su enorme y nítida dentadura. Cadencias de «jazz» en sus movimientos, ritmos exóticos en sus anchas caderas. Arriba, el barrio de Harlem, pululante de pequeños negros semidesnudos, jugando en las sucias callejuelas, acotadas al tráfico rodado por las autoridades para evitar atropellos. Unas estaciones más y la transformación sucede a la inversa. Ha concluido Harlem; han desaparecido casi en su totalidad los individuos de color.

Clarence y Ada se apearon en el Bronx y aún tuvieron que coger un tranvía hasta las cercanías del río del Este. Algunas de las casas de esta ribera son antiquísimas y están construidas con restos de viejas fragatas inglesas.

Pero la de los padres de Ada, si bien más moderna, era mucho más miserable. Ahora comprendió Clarence las prevenciones y la

tristeza de Ada. Estaban parados ante un caminito, frente a un seto de madera y un pequeño jardín selvático, que cercaba una cabaña de aspecto mísero, aun a la luz de las estrellas estivales. No quiso pensar lo triste que sería aquel paraje bajo los hielos del invierno.

A Ada Whitmar le costó trabajo avanzar hacia la casita de madera con tejado de hojalata. Sólo se decidió después de haber recibido de Clarence un animoso apretón de manos. Hacia la mitad del recorrido, vaciló. Era algo superior a sus fuerzas. Sus ojos apenados se fijaron unos segundos en los de Clarence y éste tuvo una inspiración para darla confianza en sí misma. Se inclinó sobre aquellos ojos y los besó tiernamente. Una lágrima de agradecimiento mojó sus labios. Y siguieron adelante.

Un chucho, desgreñado y sucio, salió a su encuentro ladrando con frenesí. Al reconocer a su dueña se arrimó a ella, zalamero. Ada le rechazó e intentó disculpar su aspecto.

—Hace una semana que no vengo por casa; por eso está así.

El umbral de la puerta era de madera de castaño. Iban a transponerlo, cuando una mujer como de cincuenta años, canosa y abotagada, interpuso entre ellos y el pequeño y destartalado vestíbulo la silla de ruedas que ocupaba.

—Ya era hora de que se te viera el pelo —gruñó, por todo saludo—. ¿Qué diablos te ha ocurrido para no aparecer por casa en toda la semana? Supongo que no habrás estado de picos pardos.

—He velado en el hospital, madre. Permíteme que te presente...

—¡Presentaciones!... Déjate de presentaciones y vete cuanto antes a ver a tu padre. Estoy segura que tiene ganas de echarte la vista encima.

La silla de ruedas giró bruscamente; como había aparecido, la parálítica desapareció.

—Es mi madre —dijo Ada, con un trémulo de amargura en la voz.

El asintió con la cabeza.

Cruzaron el angosto vestíbulo de piso de barro y se dirigieron a un cuartucho, también muy angosto, cuyo único mobiliario lo componía una silla desvencijada de vaivén y una mesa grasienta. En la primera, frente al vano de una ventana sin madera ni cristales, y de espaldas a la entrada, se balanceaba un hombre en mangas de camisa, remangado y sudoroso. Lo primero que descubrieron de él

fueron sus brazos nervudos y su cabeza de cráneo pelado y reluciente.

—Buenas noches, padre.

—¿Ya has vuelto? —preguntó, sin responder al saludo y sin moverse para nada de la posición en que se hallaba—. Ya iba siendo hora. ¿Quién te acompaña?

—Clarence Frick. Creo haberte hablado de él.

—Sí; con mucha mayor frecuencia que de tus otros pacientes. Me sé la historia completa del señor Frick, sólo de oírtela contar. Fue aquel que tal «mieditis» sintió en Caen, cuando el desembarco de los aliados en Normandía, que tuvo que ser evacuado. Tú lo llamas de otro modo, neurosis, según creo; pero, para mí, no tiene más que un nombre: miedo.

Las palabras del hombre causaron en los recién llegados un efecto desastroso. Clarence no dijo nada, cortado por el giro imprevisto de la conversación. Ada estaba a punto de llorar y el padre de ésta seguía en su postura frente a la ventana, sin dignarse volver los ojos hacia ellos.

—¿Es quizá un nuevo pretendiente? —prosiguió—. Me lo figuraba. No había más que oírte hablar de él. Pero no te precipites, hija. Ni usted, señor Frick. Ada es algo enamoradiza; siempre lo fue. Por esta casa han pasado, desde que Ada cumplió los dieciséis años, una docena de jovenzuelos que querían casarse con ella. También vino a pedirme su mano un hombre maduro y rico. Éste no le gustó a la señorita escrupulosa y a mí me desagradaron los otros, señor Frick.

La frase final encubría una advertencia improcedente. Clare lo percibió y abrió la boca para decir algo, pero se contuvo al observar cómo Ada retorció las manos con nerviosismo; su rostro estaba intensamente pálido. Avanzaron dos pasos más en la estancia. La joven intervino:

—Tienes razón, padre. Tú me hubieras vendido muy a gusto al hombre rico; pero yo no soy mercancía que se conforma con eso. Soy una mujer y tengo corazón.

El padre sonreía irónicamente, moviendo la cabeza con burla.

—En cuanto a los otros, no tantos como tú has dicho, eran simples amigos, jóvenes como yo, que no tenían ningún interés amoroso con respecto a mí ni yo respecto a ellos. Por eso pudiste

espantarlos con tanta facilidad. Pero esto es distinto. Clare y yo nos queremos, nos hemos prometido y nos casaremos cuanto antes, con tu consentimiento o sin él —hizo una breve pausa e inclinó la cabeza—. Es decir, si Clare no se ha vuelto atrás con este desagradable espectáculo.

Clarence, por toda respuesta, la cogió la mano una vez más y se la apretó dulcemente. El padre, con el rabillo del ojo, sorprendió la maniobra.

—Sí, cástate. Cásense ustedes. Abandona a una madre paralítica, a un pobre viejo que apenas se puede valer. Abandónalos a su suerte. ¡Qué importa eso, si tú eres feliz! Al fin y al cabo, la juventud tiene derecho a todo; los viejos, a nada. No somos más que un estorbo; hay que librarse de nosotros enseguida.

—Pero yo no os abandonaré; eres injusto, padre.

—Una limosna de cuando en cuando. No, hija. Cástate y olvídanos. Yo volveré a trabajar. Tengo energías suficientes para hacerlo.

Clarence no salía de su asombro. Aquel hombre era un egoísta, y, además, un grandísimo vago.

—Oiga, señor, y perdone —empezó a decir Clarence Frick.

El padre de Ada le interrumpió destempladamente:

—¡Usted se calla, joven! Nadie le ha pedido su opinión. Si mi hija está tan loca como para casarse con un hombre que muy bien puede acabar sus días en el manicomio, allá ella. Pero usted no se meta en nuestros asuntos.

El joven, con gran exasperación, se inclinó sobre su interlocutor. Pero una fuerte sacudida de «*whisky*» y ginebra le obligó a incorporarse rápido. Por primera vez en todo el tiempo se dio cuenta de que el señor Whitman estaba perdidamente borracho. El espectáculo era bochornoso para él y muy violento para Ada.

Esta quiso insistir, pero su padre la interrumpió poniéndose en pie tambaleante.

—Ni una palabra más —gritó—. Ésa es la puerta —la señalaba con un dedo tembloroso y huesudo—; pero conste que si ahora te vas, jamás volverás a poner los pies aquí. Ni tu madre ni yo lo consentiremos.

—Desde luego —vociferó alguien a espaldas de los jóvenes. Éstos se volvieron; descubriendo a la paralítica en su coche de

ruedas. ¡Márchate de una vez, mala hija! ¡Éste era el único pago que podíamos esperar de ti!

Ada dejó escapar un gemido. Había estado resistiéndose, pero aquello era demasiado. Ocultó, indecisa, la cara entre las manos. Clarence comprendió que era el momento de emplear su ascendiente. Ada podía creer aún que había algo de razón en las palabras de sus progenitores, pero él sabía que no, que eran hijas del mayor egoísmo humano que había visto en su vida.

—Sí, nos vamos —dijo, en tono concentrado—. No podemos ni debemos sacrificar a sus egoísmos ni un ápice de nuestro cariño. No se lo merecen ustedes. Demasiado han sacrificado a Ada ya. Ahora, ella tiene derecho a ser feliz, y lo será, pese a todo, porque yo estoy dispuesto a que lo sea. Vamos, querida; no te dejes convencer por estos comediantes. Tú no tienes desde este instante ningún deber para con ellos. Te han estado explotando, y hora es ya de que te des cuenta.

Ella forcejeada aún con sus sentimientos. Se encontraba moralmente deshecha, abochornada. Había esperado algo de aquello, pero no tanto. Clarence la agarró por los hombros una vez más y la obligó a reclinar la cabeza en su pecho. Así caminaron hacia la puerta. El señor y la señora Whitman los siguieron cargándoles de improperios. El descuidado jardín les ofreció una cierta sensación de libertad, pero ni Clarence ni Ada respiraron hasta que no se encontraran en la calle.

—¡Es bochornoso, bochornoso! —repetía Ada sin cesar.

Él la acarició con ternura los cabellos.

—No te preocupes más; no quiero que te preocupes.

Ada contuvo un sollozo.

—No sé si hemos hecho bien, Clare. Mi padre cobra realmente un retiro que apenas le da para mal vivir. Necesitaba de mi ayuda.

—No seas ingenua; tus padres son unos redomados... Bueno; nada. Pero la verdad es que ahora, obligado por la necesidad, no despilfarrarán su dinero como lo estaban haciendo a tus expensas. ¿Acaso no te has dado cuenta...?

—Sí, mi padre estaba borracho. Sólo así me explico que se haya portado como lo ha hecho.

—Estás equivocada, querida. Serena se hubiera portado igual, porque no te quería perder. Mejor dicho, no quería perder la fuente

de ingresos que tú representas. Son unos perfectos egoístas, unos monstruosos egoístas como nunca he visto otros. Si yo hubiera sido rico, tenlo por seguro, la cosa hubiera cambiado.

—Estoy de acuerdo contigo, pero...

—Si estás de acuerdo conmigo, esto se acabó. Serás mi mujer, y asunto concluido. ¡Te quiero, Ada, mi vida!

Ella no respondió. Se limitó a levantar la cabeza y ofrecerle los labios. Frente a uno de los «ghettos» de ladrillos rojos que abundaban por aquella parte del Bronx, Clarence Frick y Ada Whitman se dieron el segundo beso.

**Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

**A
EDITORIAL ROLLAN
SAN BERNARDO, 68.—MADRID**

III

LA TRAGEDIA



E casaron aquella misma noche. A las tres de la mañana, después de algunas vacilaciones y dudas, se decidieron a despertar al juez, un hombre viejecillo y simpático, que los aconsejó paternalmente, creyendo se trataba de dos tórtolos de esos que se acaban de conocer, toman cuatro copas juntos y ya se creen suficientemente enamorados como para dar un paso tan trascendental como es, o debiera ser, el matrimonio.

—Pocos enlaces de éstos acaban bien, hijos míos.

—Nosotros no estamos en esa situación, señor.

El juez, de pantuflas y en bata, los acompañó hasta la puerta,

luego de la ceremonia. Una vez que estuvieron en la calle, Clarence miró a Ada sonriente, y ella quiso corresponder a la sonrisa, sin lograr otra cosa que una mueca triste. La angustia por la escena precedente en casa de sus padres brillaba aún en sus ojos.

—No es éste el acto que se merecía, señora Frick —dijo el joven—; pero las circunstancias mandan.

Por toda respuesta, ella le echó los brazos al cuello, riendo y llorando al mismo tiempo.

—Pero ¡señora Frick! —reprochó él, dulcemente.

Estaba fatigada y así se lo dijo. No obstante, Clarence la convenció de que había que celebrar su enlace.

—Aún recuerdo de antes de irme a Europa un club nocturno de Broadway donde lo pasaremos bien. Está situado en la terraza de un edificio de ochenta pisos. Te gustará. Además, no es imprescindible la etiqueta.

—¡Pero costará muy caro!

—Eso no importa. No todos los días se casa uno.

A las tres de la mañana se encontraban de nuevo en la calle, después de haber bebido una botella de champaña y haber bailado, entre macetones de plantas tropicales, al ritmo de una orquesta de color.

—Y ahora, a recogernos —dijo él—. Buscaremos alojamiento en uno de los más flamantes hoteles de la Quinta Avenida.

Ada titubeó. Por primera vez se percataron de que su boda había sido demasiado precipitada. Ella no tenía más que lo puesto y necesitaba ropa interior. A él le ocurría lo mismo.

—Es preciso que volvamos a mi casa —apuntó ella—. Retiraré mis cosas. Tengo algunos pijamas de mi hermano que te pueden servir.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Era dos años menor que yo. Murió en Guadalcanal. Un poco de culpa de lo que son mis padres en la actualidad la tiene esa muerte.

—Nos arreglaremos como sea. No me seduce, en modo alguno, una nueva visita a tu casa.

—No te preocupes. Ellos dormirán cuando lleguemos allí. Pero, por si acaso, me acercaré yo sola; creerán que me he arrepentido. Tú me esperarás por los alrededores y yo me reuniré contigo

enseguida.

Él, tras unos instantes de vacilación, aceptó la sugerencia.

En un «taxi» se encaminaron a la ciudad alta. Una vez más volvieron a cruzar el Harlem de aguas grasientas, donde dormitaban grandes barcazas. El «taxista» iba con algún recelo. No le seducía, en modo alguno, aquel recorrido por el Bronx, «cementerio para vivos», según la expresión de un escritor francés, a tan altas horas de la noche.

Un par de manzanas antes de llegar a su punto de destino, Clarence ordenó al chófer que hiciera alto e insistió con Ada unos segundos en acompañarla. Ésta le hizo ver la conveniencia de ir sola y avanzó decidida. Su silueta estilizada, contoneante, se hundió en las sombras, para aparecer poco después bajo la luz agonizante de una farola. Antes de perderla de vista, Clarence le gritó que no tardara. Ella le hizo señas con la mano de que así lo haría y le arrojó un beso con las puntas de los dedos.

Pero el tiempo fue pasando y Ada no volvía. Tanto el joven como el «taxista» quemaron cerca de media docena de pitillos. El primero se intranquilizó. La impaciencia empezó a hacer presa en él. Sus pensamientos se desbocaron. No sabía explicarse aquella tardanza y se encontró, de pronto, paseándose arriba y abajo de la calle, completamente perdido el control de sus nervios.

Fue entonces cuando comprendió que el optimismo de Ada respecto de su enfermedad era exagerado. Quizá había tratado de animarle con el solo propósito de que se afanzara confiadamente en el nuevo cauce de su vida. Pero acababa de comprender que aún no estaba sano del todo, que le acongojaban miedos inexplicables, que su cerebro le torturaba con pensamientos que, a primera vista, no tenían razón de ser.

—¿Le sucede algo? —preguntó el chófer, ante la intensa palidez que se había extendido por el semblante de Clarence.

—No; gracias.

Frick siguió en sus paseos. Súbitamente, arrojó a tierra el cigarrillo que, con mano temblorosa, acababa de prender, y rogó al «taxista» que le esperara. Iba a ver qué había pasado para que Ada no volviera aún.

—¡Ca! Usted no se irá sin que antes me haya abonado el recorrido...

—¿Desconfía de mí?

—Estoy muy «mosca», desde luego.

Clarence no abrigaba el menor deseo de discutir. Pagó, pues, y se encaminó en pos de Ada. No había dado treinta pasos, cuando el ruido de un motor le hizo volver la vista. El «taxi» maniobraba para regresar a Manhattan. Sonrió. El chófer le decía adiós, llevándose la mano a la gorra.

A medida que el coche se alejó, un silencio absoluto se fue adueñando de aquella parte de la ciudad. No se veía un alma. Ni siquiera el vigilante nocturno.

Haciendo cábalas sobre las posibles causas de la tardanza de su mujer, Clarence siguió adelante. Ya ante la casa, hizo alto para tomar aliento. Por una de las ventanas del fondo se veía luz. Empujó la puerta de madera, que gimió como un ser humano. El descuidado jardín, la cerca de madera a trechos derruida, le causó ahora una extraña sensación. Todo le parecía demasiado tétrico, como dispuesto para la representación de una tragedia.

Unos pasos en el caminito de guija y sus pies tropezaron con algo en la semioscuridad. Se inclinó tembloroso y sus dedos tocaron la suave piel del perro. Estaba muerto, apuñalado. En sus fauces sanguinolentas conservaba un trozo de paño, sin duda del traje del matador. Intentó arrancárselo; pero tan alterado e impaciente estaba, que a la primera dificultad cambió de idea.

Le urgía, más que nada, cerciorarse de lo que había ocurrido dentro. Su mente no funcionaba con claridad, pero su instinto le anunciaba algo terrible.

En la entrada del vestíbulo pronunció el nombre de Ada; nadie le respondió. El silencio y la oscuridad imponían. Trató de encender un fósforo y sólo lo consiguió después de varias tentativas. Pero una corriente de aire se lo apagó. Entonces avanzó a tientas.

Por debajo de una de las puertas que se abrían al vestíbulo se filtraba un rayo de luz. Intentó ir hacia ella y se vio imposibilitado de hacerlo. Los pocos muebles, rotos y desvencijados, que había en el vestíbulo se interponían, volcados, ante él. Tanteó con las manos extendidas y un grito de terror acudió a su garganta. Había tocado la cabeza de un ser humano que, sin duda por estar en mala postura, se deslizó hacia el suelo con un ruido sordo, desde la silla en que se encontraba derrumbado. Por la escasez de cabello

reconoció al hombre: no podía ser otro que el padre de Ada.

Un sudor frío bañó la frente de Clarence. No se atrevía a dar un paso más por miedo a lo que le reservaban el resto de las habitaciones. Ni por un momento había pensado en su seguridad personal, pero entonces se dio cuenta de que tal vez su vida corría peligro.

Sin embargo, no le amilanó tal perspectiva. Se arrodilló y, haciendo pantalla con la mano, volvió a encender otra cerilla. Un rostro atroz, de ojos desorbitados, le envió su saludo espantoso desde el desigual pavimento. Se trataba, efectivamente, del señor Whitman. Había sido estrangulado con uno de los grasientos cordones de las deshilachadas cortinas.

Al levantarse, el hombro de Clarence golpeó contra el tablero de la mesa y de ésta rodó al suelo una botella, que se rompió, salpicando de «*whisky*» los bajos de sus pantalones y la horrible cara del muerto. Quiso volver a pronunciar el nombre de Ada; pero no acudió a sus labios el menor sonido.

Un segundo tan sólo estuvo indeciso. Luego dio dos pasos más en la estancia, parándose de súbito. La luz que se filtraba por debajo de la puerta había desaparecido. «Alguien» la había apagado. No sólo la muerte se alojaba en la casa; había alguna persona viva, quizá el asesino, y éste era mucho más de temer.

Sintió unos deseos enormes de huir de aquel lugar maldito; pero el recuerdo de Ada le contuvo. El pensar que ella pudiera estar muerta también le restaba a él ganas de vivir. Por eso, el primer movimiento de miedo fue sustituido por un desprecio absoluto del peligro. Más que morir no le podía pasar, y si Ada había muerto, ¿qué le importaba a él la vida?

Hundió su mano en el fondo de los bolsillos en busca de un arma que no halló. Ni el psiquiatra ni la enfermera habían creído conveniente devolverle el cortaplumas que él siempre solía llevar antes de «aquello».

Recordó la botella que acababa de romper. Tanteó el suelo, guiado por el olor del licor derramado, hasta dar con sus restos. Empuñó el gollete y se dispuso a usarle como arma.

Ante la seguridad de poderse defender, muchos, de los terrores de Clarence se esfumaron. Pero aún sentía una opresión en el pecho, que apenas le dejaba respirar. Era la incertidumbre por lo

que le pudiera haber ocurrido a Ada.

En el silencio que siguió al ruido creado por los movimientos del joven, éste creyó escuchar como un furtivo deslizamiento, aunque no consiguió localizar de dónde provenía. Tuvo que hacer un esfuerzo para ahogar un «¿Quién anda ahí?», que acudió a sus labios insistentemente y que hubiera denunciado su posición en aquel momento.

Quedó un instante a la escucha. Nada oyó de sospechoso, pero había algo en el ambiente que le anunciaba un peligro en la oscuridad. De pronto, ese algo se materializó a su lado en forma de un brazo, cuyo roce sintió al pasar, y que no tardó en moverse tratando de rodear su cuello.

Clare no retrocedió, sino que se lanzó adelante, con los brazos extendidos, enarbolando la media botella. Pero un puñetazo en la mandíbula le obligó a detenerse, al mismo tiempo que dos manos monstruosas se atenazaban a su garganta. No era con una persona, sino con dos con quienes tenía que habérselas.

Durante una fracción de segundo, el joven forcejeó para sacudir aquel dogal que le asfixiaba. En vista de que no lo conseguía, de que la respiración le iba faltando y de que, por efectos del ahogo, los oídos empezaban a zumbarle como si le fueran a estallar, hizo retroceder su mano armada y pasó repetidamente el corte de la botella contra las manos estranguladoras.

Oyó un alarido infrahumano y algunas maldiciones en francés. Clarence estaba lo suficiente familiarizado con esa lengua para comprender lo que decía, aunque apenas hizo aprecio de otra cosa que de la sensación de alivio que provenía del aflojamiento de la tenaza en torno a su cuello.

—«Pour Saint Cléophas!» ¡Maldita sea!

El herido dejó escapar esta segunda imprecación en el momento en que Clarence se revolvía contra él con ánimo de secundarle. No pudo llevar a cabo su propósito, porque, en el preciso instante de intentarlo, su brazo derecho fue apuñalado por el enemigo que tenía enfrente. El trozo de botella se le escapó de las manos y se hizo añicos a sus pies.

Para prevenir una segunda puñalada, Clarence dio un salto de costado, yendo a tropezar con una de las sillas derribadas. Perdió el equilibrio y cuando quiso recobrarlo, ya alguien había caído sobre

él y le golpeaba con gran furia, alternando sus embestidas con tremendos tacos.

Fue una lucha sorda y tenaz. Frick se defendió como un bravo, pero al fin tuvo que sucumbir a los golpes de sus contrarios, pues, a causa de la herida de su brazo, estaba en desventaja frente a ellos.

Cuando recobró el conocimiento, las primeras luces del alba entraban tímidamente en el vestíbulo, alumbrando a medio tono todo aquel horror. Se había levantado un fuerte viento y las maderas de las ventanas batían lúgubrementemente. El bochorno del día anterior había degenerado en una inminente tormenta, que cubría el cielo de espesos nubarrones.

Clarence sacudió la cabeza y se pasó la mano por los ojos. Creía estar soñando, pero el dolor de su herida le hizo comprender que todo cuanto veía era terriblemente real. La manga de su americana, en la parte aquella que exhibía el roto de la puñalada, mostraba un mancharon de sangre coagulada, y por su mismo brazo fluía aún la hemorragia, que no había sido contenida. Y allí, muy cerca de él, envuelto en su bata raída y grasienta, yacía en trágica posición el cadáver del señor Whitman.

Se puso en pie trabajosamente, apoyándose para ello en uno de los muebles derribados. Su mirada se posó un segundo, como fascinada, en el cráneo pelado y reluciente del muerto. Luego, tambaleante, maltrecho corporal y espiritualmente, con el cerebro sumido en una especie de semipenumbra que amagaba tornarse en impenetrables tinieblas, dio unos pasos en dirección a la puerta por la que, al entrar en el vestíbulo, él había sorprendido el rayo de luz.

Estaba abierta y entró. Se trataba del dormitorio de los Whitman, y el cuadro que se mostró a sus ojos le hizo lanzar un grito de terror. La silla de ruedas se hallaba volcada junto a una cama de hierro de ropas revueltas, en la que yacía, cruzada, colgante la cabeza y los ojos muy abiertos y vidriosos, la pobre paralítica. Su pecho escuálido ofrecía, por entre un camisón lleno de sangre, un tremendo boquete, por el que se le había escapado la vida. La luna de un armario, falto de azogue, había sido hecha pedazos, y toda la ropa sembrada por la alcoba.

Ante este segundo cadáver, la lividez del rostro de Clarence y el temblor de sus manos, se acentuó. Una vez más pronunció el nombre de su mujer con voz tremente y medio estrangulada,

mientras seguía con sus ojos extraviados la inspección de aquel lugar de destrucción y de muerte.

En el vestíbulo había otra puerta. «Es el cuarto de Ada», pensó, acercándose a ella con pasos vacilantes. Empujó la hoja entreabierta y transpuso el umbral. No por ir preparado para ello, la estampa sangrienta que se mostró a su vista le impresionó menos. Notó que el corazón se le encogió y que un nudo le apretaba la garganta.

Allí, en el centro de la alcoba, un cuerpo joven, semidesnudo, salvajemente apuñalado, yacía entre un charco de sangre. Le resultó tan horrible lo que estaba viendo, que Clarence no lo creía, pero tuvo que rendirse a la evidencia. El cadáver que tenía ante él —pese al detalle de su semidesnudez, que no se avenía con la idea que Clarence se había formado respecto al modo de encontrarla— no le cabía duda que era el de Ada, aunque un poco difícil de reconocer a causa, de las manchas de sangre que cubrían su rostro, de la imponente y forzada posición de su cabeza, casi separada del tronco, y de las piernas, torcidas violentamente debajo del cuerpo.

Había, sin embargo, para Frick, una cosa que se la hacía inconfundible: su sedoso y largo cabello rubio, más bien cobrizo, al que la sangre había respetado.

Casi inconsciente por el terrible choque nervioso, con movimientos maquinales, Clarence se inclinó sobre el cuerpo. Había olvidado por completo la herida de su brazo, cuyo dolor no sentía, y metió ambos por bajo la espalda de la muerta, a la que levantó.

El cuello de ésta, medio tronchado, estuvo a punto de no resistir el peso de la cabeza, que se balanceaba como un péndulo. El joven notó un cierto malestar en el estómago; pero no cerró los ojos con horror. El rojo cabello del cadáver, algo apagado ahora en contraste con el color de la sangre, le fascinaba. Y le fascinaban también aquellos ojos extáticos, semicerrados, que él nunca había supuesto cambiarían de color con la muerte.

La dejó suavemente sobre el lecho. Un detalle que no comprendía. ¿Cómo la cama estaba deshecha si Ada solo y simplemente venía a recoger sus cosas para reunírsele cuanto antes? No pensó mucho tiempo en eso. Su cabeza no se encontraba en disposición darle ideas claras.

Afuera, el viento había amainado un tanto, pero la oscuridad se acrecentaba. La tormenta había empezado a descargar y se oía el

fustigar infatigable de la lluvia sobre el tejado de hojalata.

Clarence, ajeno a cuanto no fuera el cuerpo que tenía ante sí, se esforzó en colocar el ensangrentado y roto camisón de forma que cubriera todas las desnudeces del cadáver. El pudor de Ada, aun después de muerta, no debía sufrir. Ningún ojo humano debería posarse sobre su carne, cuya blancura hacía resaltar hasta lo inverosímil el subido color de la sangre no escatimada.

Pensando así, pero apenas sin idea de lo que estaba haciendo, la puso uno de los vestidos que encontró desparramados por la estancia. Porque por allí también había pasado el vandalismo. Todo estaba revuelto. El comodín, descerrajado; el armario, abierto; un pequeño baúl, desventado. Y todo —libros, polveras, tarros de cosméticos, ropas íntimas— tirado por la alcoba, en confusión y desorden.

Vestido el cadáver, le pasó delicadamente la mano por los párpados, cerrándoselos del todo. Luego la cogió de las manos, para cruzárselas sobre el pecho. Pero entonces, algo llamó su atención. En uno de los dedos de la derecha, la muerta exhibía un extraño y exótico anillo, que él nunca había visto antes. Sin embargo, echó de menos la alianza que él mismo había colocado en el anular de Ada no hacía muchas horas.

Había allí un gran cúmulo de cosas extrañas, pero Clarence no estaba en disposición de buscar explicación a ellas. Tal vez, de habérselo propuesto, la hubiera encontrado, mas, en su estado de ánimo, todo cuanto veía resbalaba por su cerebro sin dejar apenas huella. Sólo había una cosa sobre la que su atención se centraba: el cadáver, la realidad de aquella muerte que le hería de forma tan atroz.

Esto aparte, lo demás no le importaba. Se movía por inercia, enteramente apático, sin sentida del tiempo.

Instintivamente quitó el anillo del dedo de la muerta y se lo puso él.

El día avanzaba. La tormenta seguía fustigando el tejado y los escuálidos árboles. Un trueno enorme, que hizo retemblar la casa cual si una potente bomba hubiera estallado bajo sus cimientos, consiguió que el joven volviera en él.

Otra vez sentía el dolor de su herida, otra vez podía pensar en la tragedia que le rodeaba. Pero sentía, pensaba y obraba como si

nada de todo aquello le incumbiera. No era su brazo el que estaba herido, ni Ada era uno de los muertos. No era su cerebro el que pensaba, sino un cerebro ajeno, prestado, porque él suyo no funcionaba.

El instinto de conservación se impuso por fin. «Y ahora, de un momento a otro, vendrá la Policía, me hallará aquí y seré acusado de triple asesinato». Daba por inminente la aparición de la Policía, sin pararse a considerar que antes tenían que ser descubiertos los cadáveres. Y ¿cuántos minutos, cuántas horas, cuántos días quizá tardaría aún en ocurrir esto si él se marchaba y no daba la voz de alarma?

«Pero la daré —prosiguió monologando—. La Policía tiene que venir, debe venir y detener a los culpables. Yo nada tengo que temer, puesto que nada he hecho. Avisaré a la Policía. ¡Tiene que venir la Policía!».

Repitiendo machaconamente estas cinco últimas palabras, Clarence abandonó la alcoba, salió al vestíbulo y cruzó la puerta. La lluvia le asaltó con furia, pero él ni lo percibió. Estuvo unos segundos ante el perro y luego siguió adelante. Paróse de repente y volvió sobre sus pasos. Allá, en el fondo de su ser subconsciente, había percibido que algo desentonaba en la composición de la estampa que del perro él conservaba en su memoria.

Se esforzó en recordar, mirándole desde todos los ángulos. Una vez más había perdido la noción de la realidad. De pronto se encogió de hombros y reanudó la marcha. Se movía como un autómata, sin, poner en sus actos un mínimo de cerebro o de corazón.

La lluvia seguía cayendo con furia inusitada. Del lado del río del Este avanzaban regimientos de nubes bajas cargadas de electricidad. El firmamento era cruzado de cuando en cuando por culebrinas de luz y estallaban truenos fabulosos en la lejanía.

Chorreante, Clarence Frick siguió calle arriba. Al llegar justamente al lugar hasta donde el «taxi» los había traído, notó una momentánea lucidez. Sintió dolor y miedo. Acababa de recordar qué era lo que le había llamado la atención en el cadáver del perro. La primera vez que lo había visto, tenía en la boca un trozo de paño; al salir, ese paño había desaparecido. Sin duda, los asesinos, durante el tiempo que él había estado inconsciente, se habían

dedicado a retirar del escenario del crimen toda prueba acusadora. Y ¿por qué no pensar que habían preparado las cosas de forma que él apareciera como culpable?

Tentado estuvo de volver a la casa para cerciorarse de que nada había allí que le comprometía; pero se acobardó. Mejor era obrar, seguir adelante en su idea de dar inmediato aviso a la Policía. Caminó bajo la lluvia veinte pasos más y se encontró parado ante una farmacia, sin saber para qué. De nuevo su cerebro fallaba, la realidad huía de su cabeza, se le nublaba la razón. Por más que se esforzaba en recordar, no lo conseguía.

Pasóse su mano sana por la frente, fruncida a causa del esfuerzo. Le era imposible de todo punto reaccionar. Su mente era una caja de resonancias en que cientos y cientos de motores rugían insistentemente. Se sintió transportado a Caen, vivió toda la pesadilla que entonces había estado a pique de enloquecerle. Él había ido como cronista de guerra en las fuerzas de desembarco y allí estuvo horas y horas, pegado a la tierra de la cabeza de playa, oyendo el estampido de los cañones, el zumbir bronco y monótono de los aviones, el tableteo de las ametralladoras, el seco «schissspun» de los tanques y antitanques, el vibrar de los antiaéreos y el siniestro siseo de las balas y de la metralla...

Despertó en un bar, frente a un vaso de «whisky». No sabía si aún estaba en el Bronx, si en Harlem o en Manhattan. Miró en torno, tratando de cerciorarse. Desde luego, el hombre que servía en el mostrador era negro, y negros también los escasos parroquianos. Se vio centro de todas las miradas y se inquietó, sin saber a ciencia cierta por qué. Cuatro cabezas juntas, de pelo negro y ensortijado, leían en un mismo periódico. A Clarence le dio un vuelco el corazón. Había tal cúmulo de malsana y curiosa morbosidad en los lectores, que adivinó enseguida de qué se trataba. Pagó la cuenta y salió a la calle precipitadamente para comprar un ejemplar del «New York Times», en su edición de mediodía, «El crimen ha sido descubierto... el crimen ha sido descubierto», repetía inconscientemente, mientras hojeaba el diario.

En efecto. Allí estaba, en las noticias de última hora. Una amplia y bien documentada información:

«EL TRIPLE CRIMEN DEL BRONX

»¿Obra be un loco homicida?
»La Policía busca al culpable...»

El suceso estaba dividido en apartados. Clarence Frick leyó por encima el preámbulo y el modo cómo el asesinato había sido descubierto por un muchacho repartidor de prensa. Se paró un poco más en la descripción del cadáver de Ada y de su identificación por el doctor Dickson, para acabar sorbiendo materialmente la parte aquélla en que él entraba en escena:

«¿EL ASESINO IDENTIFICADO?»

»Poco antes de cerrar esta edición, a nuestra Redacción han llegado noticias fidedignas de que todas las sospechas recaen sobre Clarence Frick, exredactor de uno de nuestros colegas de esta capital y expaciente del doctor Dickson, famoso psiquiatra del Medical Center, que le estuvo tratando de una especie de “schok” nervioso hasta ayer por la mañana. Parece ser que a Ada Whitman, la joven asesinada, enfermera ayudante de dicho doctor, le había sido encomendada la vigilancia del paciente. Ella, según declaraciones posteriores del juez Malone, que aparecerá en la encuesta, contrajo nupcias con Clarence Frick a las tres de esta madrugada. Se ignoran las razones que el presunto culpable haya tenido para asesinar, tanto a su mujer como a los padres de ésta.

»Clarence Frick ha desaparecido; pero la Policía le sigue la pista. De un momento a otro esperamos poder dar la noticia de su detención. ¿Es el de un loco homicida éste que se ha dado en llamar el triple crimen del Bronx?».

Había cesado de llover y el día, caliginoso por demás, aclarado. Clarence Frick levantó los ojos en busca de una referencia que le dijera el lugar donde estaba, y la halló en una de las placas indicadoras. Se trataba de la avenida Segunda, en las inmediaciones de la calle Ciento Veintiséis, que la cruzaba. Esto es, Clarence se encontraba en pleno barrio de color, ese hervidero humano de casas

sin patio interior, casas bajas con fachada de piedra oscura y de escaleras exteriores, como un aditamento horroroso en la ya desagradable arquitectura.

Eran cerca de las doce de la mañana. El joven, pálido, débil, medroso, como un can perseguido por una legión de chiquillos, paróse unos instantes en una de las transversales cortadas al tráfico rodado. Por primera vez desde el descubrimiento del asesinato, sus ideas eran claras. El haber sido acusado del horrendo crimen parecía haber galvanizado, su cerebro. Veía nítidamente el camino a seguir y su primera intención fue ésa: tomar un «bus» y personarse lo más rápidamente posible en Centre Street[3], para hacer frente a tan grave acusación.

Estaba ya en la parada, con un pie en el estribo, cuando se dijo que lo que iba a hacer era tanto como suicidarse. Si los periódicos le culpaban con tal seguridad se debía, sin duda, a que todas las apariencias, incluso, tal vez, falsas pruebas, le acusaban. ¿Cómo luchar, pues, para proclamar su inocencia? La mejor forma de conseguirlo sería buscando él a los verdaderos culpables. Si se dejaba encerrar, quizá nunca se aclarara la verdad de lo sucedido en la casita de la ribera del East River.

Así pensando, se dispuso a buscar una pensión barata donde vivir oculto y donde poderse curar la herida del brazo, que, pese a lo aparatosa y al modo de sangrar del principio, ahora no parecía grave, pues la hemorragia había cesado y apenas si le molestaba el dolor.

Comenzó a caminar. Chiquillos negros, de gruesos labios y ojazos enormes, brotaban por enjambre ante sus pies. Mocitas núbiles se dejaban deslizar en patines de ruedas chirriantes, a una velocidad de vértigo. Clarence Frick sentíase mareado. El ímpetu de las patinadoras tenía algo de selvático, de triunfal. Se asemejaban a vírgenes de ébano de una posible y gloriosa revolución africana. Y África, realmente, estaba allí, en todas aquellas fuerzas desordenadas de la naturaleza negra. Un África descoyuntada, vocinglera, donde existía una simple nota de civilización blanca: el policía que regulaba el tráfico en cada cruce.

Como refugio, le resultaba excelente a Frick. Pero ignoraba que su pista era seguida tan de cerca, que no habían de pasar arriba de diez minutos para ser localizado y para que una mano dura, de

hierro, se posara sobre su hombro y una voz le conminara a darse preso «en nombre de la ley».

XX

CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

IV

UNA NUEVA PISTA



UNQUE sólo habían pasado veinticuatro horas del doble crimen de Chicago, la Prensa de aquella mañana lo relegó a segundo término para hacer resaltar, junto con las noticias de guerra en Europa, donde los alemanes daban los últimos coletazos, el triple del Bronx.

En su despacho, Roderick Arnold cambiaba impresiones con C. S. Allison sobre la retirada de los germanos, olvidado por unos segundos del trabajo que tenía con el robo al Savings Bank, el asesinato de la calle Randolph y la desaparición de Eva Chelson. Pero, enseguida, como no podía por menos de suceder, dada la personalidad de los interlocutores, su conversación recayó sobre el crimen de la lejana

Nueva York, al que ambos encontraron cierta semejanza con el que les traía de cabeza.

—Fíjate bien, Allison —hizo observar Roderick, señalando con un dedo la hoja de periódico que mantenía en la mano—. La brutalidad es lo que sobresale en los dos. Allí, una familia entera, compuesta por padres y una hija, muere anoche bárbaramente apuñalada. Aquí, otra familia una noche antes, cae con la misma brutalidad. Sólo la hija, al parecer, se ha salvado. Apenas existe diferencia.

—Estoy de acuerdo contigo en que se asemejan mucho; pero hay en ambos una diferencia esencial: en aquél, el asesino ha sido hallado; en éste estamos en babia todavía.

—Sí; allí han detenido a alguien, pero éste alguien no ha confesado su culpabilidad. Claro que pocos son los culpables que confiesan antes de que se les apriete las clavijas. De todas formas...

Roderick Arnold iba a decir algo, pero se cortó de improviso. En el transcurso del diálogo anterior había estado hojeando distraídamente el periódico, y, de pronto, una fotografía de Clarence Frick atrajo poderosamente su atención. Se le vio quedar pensativo, serio, hasta que dijo, más para sí que para el confidente:

—Desde luego, este hombre no tiene cara de asesino.

—Has descubierto algo, como si lo viera... Te conozco demasiado, amigo. ¿Por qué no desembuchas de una vez? ¡Vamos! Tú no te dejas ganar tan fácilmente por el rostro más o menos simpático de la gente. Siempre lo has dicho: «Hay apariencias externas enteramente engañosas. Una cara de ángel puede esconder un alma de demonio o viceversa».

Roderick Arnold no respondió. Seguía estudiando con exasperante detenimiento la fotografía de Clarence. En especial, la mano aquélla con la que el presunto criminal intentaba cubrirse el rostro, sin conseguirlo. Unos segundos, largos como siglos para aquel que esperaba una explicación, y enseguida pidió una lupa, que uno de los agentes se apresuró a entregarle. Vuelta al examen minucioso de la mano de Frick hasta que C.

S. Allison

no pudo más.

—¿Qué diablos miras con tanta atención?

—Creo que he hallado un detalle que relaciona el triple crimen

de Nueva York con el doble de Chicago. El que ambos tengan cierta similitud en su ejecución no nos autorizaría a nosotros a inmiscuirnos en un asunto que cae por entero dentro de la jurisdicción de la Policía Metropolitana. Pero si mi impresión se confirma...

Dejó el retrato y la lupa, pulsó un timbre, y cuando un nuevo agente se personó ante él, el inspector le ordenó trajera allí cuanto se relacionara con el caso del asalto al Banco y con el crimen de los esposos Chelson. Una vez que estuvo en su poder lo pedido, examinó todo sin prisas, bajo la mirada anhelante del confidente.

—¿Algo nuevo? —preguntó éste, cuando el otro dejó los papeles sobre la mesa.

Roderick hizo un gesto de desaliento.

—¿Qué buscabas?

—No sé si habré sufrido un espejismo, aunque, tú lo sabes, nunca he sido propicio a ellos.

—¿Qué es?

Por toda respuesta, Arnold señaló con la contera del lápiz la mano de Clarence.

—¿Ves algo ahí?

—Cinco dedos con sus correspondientes uñas, y...

—Y en uno de esos dedos —le quitó el inspector materialmente la palabra de la boca—, un anillo de forma extraña. ¿Te recuerda algo este anillo? Piénsalo. A mí me es familiar y no desde hace mucho. Yo lo he visto en alguna parte, pero no me acuerdo dónde.

—¿Quieres decir que es un exacto duplicado de alguno que tú conoces?

—Puede ser; pero... ¡diablos! ¡No hay tal! Acompáñame; tenemos que hacer una visita a la casa de la calle Randolph.

Roderick Arnold llegó a la puerta, sombrero en mano, y antes de cruzar el umbral, se dio una palmada en la frente.

—¿Dónde tengo la cabeza? —dijo—. Ha llegado por fin tu pasaporte para Suiza.

El hombrecillo puso una cara de cómico asombro.

—¿De veras? ¿Continúan en Washington con su idea de mandarme a ordeñar vacas y comer queso hasta reventar?

Mientras, bajaban las escaleras apresuradamente. Roderick respondió:

—No seas vulgarote, Allison. Ya sabes que tú vas allí nada menos que como «Agregado»...

Llegaron al coche y subieron a él. Una vez puesto en marcha, Allison dijo:

—Creo que no has hecho bien recomendarme para ese puesto de agente secreto al servicio del Counter Intelligence Corps.

Roderick iba a protestar, más su interlocutor le contuvo.

—Sé lo que vas a decir. Que ésa es una especie de ascenso que me merezco mejor que cualquier otro por mis servicios a la patria a través del

F. B. I.

De acuerdo contigo en esto. Pero no me seduce la idea de abandonar los Estados Unidos, sus comodidades, para trasladarme a una Europa prendida por los cuatro costados en una guerra que nadie sabe cuándo terminará.

—Pero si como...

Llegaron ante la casa de la calle Randolph. Pronto estaban en el piso sin que nadie les hubiera visto subir. Roderick levantó los precintos de la puerta y hurgó con la llave en la cerradura. El cuarto estaba oscuro y en silencio. C.

S. Allison

buscó a tientas el conmutador de la luz.

—No te molestes. Está cortada, la Compañía de electricidad no se ha dormido.

Encendió él su linterna y fue hacia los balcones, con ánimo de descorrer las persianas; se arrepintió antes de hacerlo. Entonces, linterna en ristre, se dedicaron a recorrer las habitaciones.

—¿Qué es lo que buscas, Roderick?

—Una vieja fotografía de la mujer asesinada.

El cono de luz de la linterna recorrió perezosamente las paredes sin encontrar el objeto buscado.

—Puede que no la hallemos, Charles; pero estoy seguro de haberla tenido en la mano. ¿Dónde diablos la puse?

Registraron muebles sin resultado. De pronto, ante la cómoda de la habitación en que los dos viejos habían sido muertos, Roderick sonrió al enfocar su linterna sobre uno de los cajones. Con un suspiro de alivio intentó abrirle. Había recordado que la arrojó allí, y allí debía estar.

Entregó la linterna a Allison y revolvió febrilmente los papeles y ropa. Era tanta la emoción, que ni el inspector ni el confidente se atrevían a respirar. Aquél volvió a mascullar de improviso:

—¿Dónde demonios...?

Se cortó, arrebató la linterna de manos de C.

S. Allison

y la apagó con rapidez. Cuando el confidente iba a preguntar qué pasaba, el inspector del

F. B. I.,

le tapó la boca.

—Escucha —dijo en un susurro.

El chirrido de una puerta llegó hasta ellos, y después un arrastrar cuidadoso de pies. Roderick y Allison se pegaron materialmente a la pared, a la expectativa. El primero se llevó la mano al pecho, acariciando la culata de su pistola, que colgaba bajo la axila.

Pasaron unos eternos minutos. El o los visitantes anónimos se dedicaron a recorrer varias habitaciones antes de ir hacia aquélla en la que Roderick y el hombrecillo acechaban.

—¿Quién podrá ser?

—Cualquiera de los hombres de la Policía Metropolitana podría haber venido a investigar, como nosotros. Pero... Vamos a salir de dudas. Tú estate aquí; una persona sola hace menos ruido.

C. S. Allison protestó. Por nada del mundo se quedaría allí, en la oscuridad y desarmado.

—Es verdad que tú nunca llevas armas. Tu trabajo es de observación y no de pelea. Tú nunca, por nada del mundo, puedes exponer el físico y las confidencias conseguidas.

—Que algunas veces han sido excelentes, ¿eh, Roderick?

Éste no respondió. Le animó en voz baja a seguirle y Allison lo hizo, pisándole materialmente los talones.

Dos hombres se movían en lo que fuera el dormitorio de los Chelson, al fondo de un pequeño pasillo. Por éste se deslizaron el inspector del

F. B. I.,

y el confidente. Al llegar a la puerta, vieron a un individuo como de treinta y dos años, embebecido en la tarea de destrucción de uno de los colchones de la cama del matrimonio asesinado, mientras el otro

le alumbraba con una linterna.

En voz baja, temblorosa, Allison los designó como los atracadores del Savings Bank ocupantes del «jeep». Roderick no perdió un segundo; la suerte le sonreía. Extrajo la pistola con rapidez y encañonó a los pistoleros.

—¡Manos arriba! —conminó—. Dense presos en nombre del F. B. I.

El que estaba inclinado sobre el colchón, se empezó a incorporar, en silencio, pero no había acabado de hacerlo, cuando, sin que ningún movimiento sospechoso lo sugiriera, sacó un afilado puñal de entre la manga y lo arrojó violentamente contra Roderick. Éste no tuvo tiempo más que de inclinarse un poco, pero lo suficiente para que su corazón no sirviera de vaina al cuchillo, el cual fue a clavarse con fuerza contra el cerco de la puerta, donde quedó vibrando. Solamente le arrancó un trozo de huata y le hirió levemente en el hombro.

Roderick no hubiera querido hacer uso de su pistola, más tuvo que hacerlo para salvar su vida. El segundo «gángster», aprovechando la indecisión del joven ante la desagradable sorpresa, sacó un arma y se dispuso a disparar. No consiguió su propósito. Roderick se había repuesto y apuntó a la mano armada de su enemigo. Éste tuvo mala fortuna; al intentar arrojar al suelo, para ser blanco menos fácil, lo que hizo fue ponerse en la trayectoria de la bala, que le atravesó el corazón, sin tener tiempo material para apretar el gatillo. Al caer al suelo, la linterna se le escapó de la mano y la escena quedó a oscuras los escasos segundos que Roderick tardó en encender la suya.

El que había arrojado el cuchillo quiso defenderse, sacando, a su vez, otro arma, pero Roderick cayó sobre él con velocidad del rayo y le dejó fuera de combate de cuatro directos bien dirigidos.

C. S. Allison, mientras el inspector esposaba al prisionero, se inclinó sobre el cadáver y le cacheó con manos expertas. Le encontró un encendedor, tabaco negro, una cartera con unos cincuenta dólares en billetes, alguna calderilla, un llavero, y, por último, algo que a Roderick le hizo soltar una exclamación de alegría.

Se trataba de un telegrama expedido desde Nueva York a nombre de David Parkert. Entre líneas, Arnold comprendió

enseguida lo que había ocurrido. Los cómplices del tal Parkert se habían trasladado a Nueva York detrás de alguien o de algo. Quizá el dinero robado en el Savings Bank. En vista de que allí no habían hallado lo que buscaban, insistían acerca de éste para que, en compañía de su otro compañero, hicieran una visita y un nuevo registro a la casa de la calle Randolph por si lo hallaban aquí.

Después de leído, Roderick preguntó a Allison qué le parecía. A éste, de más lenta comprensión e inteligencia menos viva, le costó algún trabajo descifrar el sentido de aquellas frases a medio hilvanar. Al fin lo consiguió y quiso saber sí, efectivamente, el inspector del

F. B. I.,

creía que lo que iban persiguiendo era el dinero robado.

—Antes de responder a esa pregunta —contestó Roderick Arnold, evasivamente— tengo que aclarar el punto que nos ha traído aquí.

Por si acaso el «gángster» volvía en sí mientras ellos andaban por el otro lado de la casa y trataba de huir, Roderick Arnold le obligó a despertar a fuerza de bofetadas. Una vez conseguido su objeto, le hicieron avanzar tambaleante hacia la habitación donde anteriormente habían estado revolviendo en la cómoda. Reanudada la búsqueda, los dedos del inspector del

F. B. I.

tocaban poco después, con la consiguiente emoción, el objeto buscado: la vieja fotografía en la que la mujer asesinada aparecía bastante más joven. En el anular de su mano derecha lucía el mismo anillo que Clarence Frick tenía puesto en su dedo meñique. No sólo era idéntico en su forma —ambos hombres pudieron comprobarlo al cotejar uno y otro—, sino que los dos tenían una característica especial: la esquina superior de cada uno estaba saltada.

Roderick Arnold se acarició el mentón sonriente y volvió el rostro en busca del prisionero. Su sorpresa no es para descrita. Mientras ellos estaban entretenidos con la fotografía, aquél había huido. En el silencio de la casa deshabitada sus pasos sonaban ahora tétricamente. Salieron tras él con el tiempo justo para verle entrar en la habitación adonde su compañero yacía, después de haberse visto cortado en su retirada hacia la puerta de salida por un murmullo de voces y algunos golpes que sonaban en ella.

El inspector del

F. B. I.,

volvió a montar su pistola y avanzó seguido por el confidente. Pero al llegar al lugar donde su perseguido había entrado los esperaba otra sorpresa: allí no había nadie más que el muerto. La explicación llegó enseguida. Una de las ventanas había sido abierta, y por ella se veían los recios barrotes de la escalera de escape.

—Por allí.

Roderick Arnold asomó su cabeza. Efectivamente; como alma que lleva el diablo, el «gángster» se dejaba escurrir hacia un pequeño patio interior. Le dio el alto por dos veces. No quería matarle, porque esperaba que le sirviera de mucho para comprobar una teoría que venía acariciando desde que hallara el retrato con el anillo. Pero en vista de que no le hacía ningún caso, apuntó cuidadosamente y disparó. El pistolero vaciló unos segundos. Luego abrió los brazos, se llevó la mano al pecho con movimiento reflejo y cayó hacia atrás. Un grito angustioso se escapó de su garganta antes de estrellarse contra las losas del patio.

Roderick regresó meditabundo a la habitación. Sus ojos estaban velados por el enfado. No estaba contento de sí mismo. La oportunidad perdida no se presentaría quizá jamás. Con un poco de cuidado su compañero no habría huido, lo habría podido interrogar y seguro que le habría sacado una magnífica confesión.

Prendió un pitillo, siempre pensativo, y luego se encaró con el confidente.

—Voy a exponerte mi hipótesis —dijo. A mi modo de ver, lo que los atracadores persiguen no puede ser otra cosa que el dinero robado al Savings Bank. Uno de los cómplices, tal vez la muchacha rubia, hija de los viejos asesinados aquí, escapó con él a Nueva York y es la misma que allí ha sido muerta a su vez. El dinero no lo han hallado, y por eso ordenaron a David Parkert que viniera aquí a hacer una nueva búsqueda.

—Como teoría no está mal; pero hay algunos puntos oscuros. Suponiendo que la chica muerta allá sea la misma, ¿cómo compaginas el que allí se llame Ada Whitman y aquí Eva Chelson, que aquí tenga unos padres y allí otros, que allí sea enfermera y aquí Dios sabe qué? Y ¿cómo si anteayer cogía el tren aquí al atardecer iba a estar allí a la una de la tarde que fue cuando el

doctor Dickson dio de alta a Clarence Frick?

—Son muchas preguntas, desde luego, y a cual más difícil de responder. Antes de contestarlas tendremos que recorrer mucho terreno. Pero hay una cosa que desde este momento puedo decirte: Ada Whitman es una persona y Eva Chelson otra distinta. Ahora bien: ¿quién de las dos es la muerta? Clarence Frick asegura que se trata de su mujer; pero entonces, ¿qué relación tiene ésta con aquélla? ¿Cómo ha ido a parar el anillo a manos del acusado? Más preguntas sin respuesta, por el momento. Sin embargo, a mi modo de ver, tenemos una base en que apoyar nuestras futuras indagaciones.

En aquel momento los golpes y las voces de la escalera subieron de tono.

—Los vecinos quieren saber lo que pasa. Sin duda han oído los disparos.

Se acercaron a la puerta (cerrada al entrar por los atracadores en previsión de una sorpresa, sin sospechar que alguien estaba ya dentro), la abrieron y se asomaron al descansillo. Los comentarios se quebraron unos segundos para proseguir poco después, cuando el inspector del

F. B. I.,

sin mucha consideración, se dio a conocer en alta voz y ordenó a todo el mundo que despejara la escalera.

En aquel momento, resoplando como un fuelle, un policía de uniforme, pistola en mano, se acercaba allí, acompañado de la portera, que le había ido a llamar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el de la Metropolitana.

—Soy Allison, C. S. Allison —dijo el hombrecillo, presentándose a sí mismo. El recién llegado le miró con suspicacia—. Éste es Roderick Arnold —prosiguió—, inspector del

F. B. I.

El policía no tuvo tiempo de poner en duda las palabras del confidente. Roderick, para evitar explicaciones inútiles, enseñó al otro su placa del

F. B. I.

—Ahí dentro hay un hombre muerto y otro en el patio interior de la casa. Encárguese usted de llamar al juzgado para proceder a su levantamiento.

Se volvió a la portera. Le urgía comprobar algunos puntos. Llamóla aparte y, sin preámbulo, le metió materialmente bajo las narices uno de los ejemplares del periódico que hablaba del crimen del Bronx. A boca de jarro, señalándola uno de los retratos de la joven asesinada allá, que le había sido sacado sobre la desnuda piedra de una mesa del depósito judicial, le dijo:

—Piénselo bien antes de contestar. ¿Conoce usted a esta joven?

La portera ahogó un grito ante el cuadro horripilante. Roderick tuvo que insistir.

—¿La conoce usted? ¿Ha visto a esta persona en alguna parte antes de ahora?

—Yo... yo... —tartamudeó la mujer.

—Cálmese; diga sí o no; simplemente, sí o no.

La pobre mujer, más muerta que viva, incapaz de articular palabra, movió la cabeza en sentido negativo. Pero ante la voz del inspector que pedía absoluta seguridad en la respuesta, la mujer desató a hablar.

—No sé qué decir...; la sangre... lo borroso de la fotografía... No puedo darle una certeza.

Roderick Arnold abrió la boca y la cerró de nuevo sin articular sonido alguno. Había estado a punto de hacer la pregunta que era su obsesión: si había posibilidad de que aquella joven fuera Eva Chelson. Pero tal pregunta habría servido para influir sobre la respuesta de su interrogada, y esto el inspector no lo deseaba de ninguna manera.

—Diga a su marido que suba, por favor.

—Está en cama, indispuesto.

—¿Puede hablar?

—El médico no se lo ha prohibido, y aunque lo hubiera hecho hablaría sólo por llevarle la contraria.

Bajaron los tres pisos que les separaban de la portería. Roderick Arnold hizo al enfermo las mismas preguntas que a la mujer, con idéntico resultado. Pero el inspector del

F. B. I.,

no era hombre que se desanimara por eso. Antes de salir del cuchitril que era la portería, insistió con una jovencita que estaba allí al entrar él y que supuso hija del matrimonio.

—Perdóneme, joven —dijo con voz dulce—. No quisiera hacerlo,

pero... es algo de suma importancia.

—¿Quiere que identifique yo ese fiambre? —preguntó la joven con desgarró—. Lo haré con mucho gusto, si puedo. A ver...

Cogió el periódico que el del

F. B. I.,

le ofrecía y observó detenidamente la fotografía en cuestión.

—No es muy agradable, desde luego. Yo diría que tira un aire a Eva Chelson; pero ¡cualquiera sabe! Tiene un rostro horrible, abotagado... No, no; lo siento...; no sé quién es...

—Eva Chelson tengo entendido que vivía aquí desde hace muchos años. ¿Puede decirme algo de su vida íntima? —preguntó el inspector, dirigiéndose al encamado.

—Puede que no fuera limpia —respondió éste—; pero era una joven simpática y de trato agradable. A nosotros nos apreciaba y a veces nos hacía algún regalo.

—¿Por hacer la vista gorda cuando salía de noche?

—Eso era cuando más joven. Después salía con consentimiento de sus padres. Venían a buscarla en automóvil algunos hombres.

—¿Siempre los mismos?

La mujer fue ahora la que denegó con la cabeza.

—Una muchacha poco recomendable —comentó el inspector. Supongo que su hija no sería muy amiga de ella. ¿O sí lo era?

—Desde luego —respondió la aludida—. Me resultaba agradable su trato... y, además, me regalaba cosas.

—¿Tales cómo?...

—Vestidos, medias, ropa interior. En fin: todo lo que desechaba, pero, eso sí, en buen uso siempre.

Roderick sonrió mientras se pasaba y volvía a pasar el pañuelo por la frente sudorosa. Aquel Chicago seguía siendo un infierno y la habitación de los porteros un verdadero horno.

—Unas preguntas finales. Los Chelson creo que vivían aquí hace muchos años. ¿Cuántos exactamente?

—No lo sabemos —respondió el marido por todos—. Eso quizá se lo pueda aclarar el administrador de la finca.

—Vamos a pasarlo por alto. ¿Saben ustedes de dónde procedían?

—A eso puedo responderle yo, inspector —dijo la mujer—. La señora Chelson se lamentaba muchas veces de no poder regresar a su Kentucky, ésas eran sus palabras. Éste era un nombre que jamás

se le caía de los labios. Hablaba de una granja y de la cría de gallinas y cerdos.

—Otra cosa —continuó el inspector, dirigiéndose exclusivamente a la muchacha—. Por lo que veo, usted visitó más de una vez a Eva Chelson. ¿Vio si llevaba puesto alguna vez un anillo muy raro, parecido a éste? —Y señalaba el que lucía Clarence Frick.

—Desde luego —respondió la joven, categóricamente—. Ella siempre decía que era un amuleto para que la diera suerte. Se lo había regalado su madre al cumplir catorce años y nunca se lo quitó desde entonces. No era una joya de valor, ni mucho menos... Ni siquiera era bonito, pero la señorita Eva, a pesar de que tenía otras mejores, la apreciaba más que a ninguna.

«Pura superstición», dijo para sí Roderick, mientras tomaba nota sonriente.

Los cabos se iban atando. Cada paso que daba se afirmaba más en la teoría de la relación de ambos crímenes. Todo podía ser una mera coincidencia, pero...

Se dispuso a salir, haciendo una seña a Allison para que le acompañara. Había oído llegar hacía rato el furgón y ahora escuchaba pasos que bajaban las escaleras. Eran dos camilleros conduciendo el cuerpo del «gángster» muerto en el piso. El del patio interior lo había recogido ya. La portera y su hija acompañaron al inspector y al confidente hasta el portal, y aquél se volvió a ella cuando los camilleros llegaron a su altura.

—Un momento —los hombres vestidos de blanco se pararon. Roderick levantó una esquina de la sábana que cubría el cadáver; rechazó a la joven, que no había podido vencer la curiosidad, y dijo a la portera—: Y a este hombre, ¿lo conoce usted?

La mujer, sin ningún titubeo, afirmó:

—Se trata de uno de los dos individuos que estuvieron aquí la noche del crimen. Estoy segura; éste es uno de los asesinos.

—El otro no está muy lejos. Gracias —hizo un gesto con la mano y los camilleros siguieron su camino hacia la puerta—. Su ayuda a la Justicia ha sido excelente. Ahora falta un último servicio que espero no se negará a hacernos.

—Usted dirá.

—Se trata de que autorice a su hija para que nos acompañe a

Nueva York. Estoy empeñado en la identificación del cadáver de esa joven, y, como ustedes han visto, ella la ha encontrado un cierto parecido con Eva Chelson.

—¿Cómo puede ser Eva? Ahí dice que es Ada Chiman, y, además, ha sido identificada ya por su marido.

—Sí; eso es muy extraño, pero aquí concurren circunstancias extrañas que han sembrado algunas dudas en mí. Le agradecería, pues, ese favor.

A la jovencita se le hablan encandilado los ojos de alegría. Aquel viaje a Nueva York la entusiasmaba.

—Será cosa de poco tiempo. Iremos en avión y se la devolveremos cuanto antes. No tema nada... La Policía Federal, como es natural, correrá con todos los gastos y la protegerá de cualquier peligro.

Después de esto, el inspector se volvió hacia el confidente.

—Tú también me acompañarás, Allison. Si mi teoría es correcta me puedes ser útil en cualquier momento.

—Pero ¿y mi viaje?

—Tu viaje puede esperar —dijo escuetamente. Luego añadió—. Telegrafiamos allá, excusándonos. Les diremos que algo imprevisto te impide llegar en la fecha señalada.

—No olvides que mi traslado es orden superior.

—Y la mía también. Te trasladarás conmigo y con la señorita... ¿Cómo se llama, por favor? —preguntó de improviso, dirigiéndose a la joven.

—Diana Cyro, señor.

—Pues bien: te trasladarás conmigo y con la señorita Diana Cyro a Nueva York.

El confidente se encogió de hombros. Y ambos hombres salieron a la calle, subieron a su automóvil y partieron a buena marcha a preparar su proyectado viaje a la gran urbe de los rascacielos.



██
MADRE:

**Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:**

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

HIPÓTESIS CONTRADICTORIAS



L amanecer del día siguiente el avión especial en que Roderick Arnold, C.

S. Allison

y Diana Cyro viajaban tomó tierra en el aeropuerto de La Guardia. El inspector jefe del

F. B. I.,

en Nueva York, Kirby, les esperaba con algunos de sus mejores colaboradores. Se abrazaron afectuosamente ambos inspectores, pues habían sido condiscípulos en la Academia de Quantico y conservaban todavía una buena amistad que el tiempo y la separación no habían enfriado.

—¿Qué hay, viejo? ¿Cómo está Chicago?

—Un calor de fragua... Menos mal que aquí está nevando... Esperemos que no nos derritamos; este mes de agosto es terrible, y mucho más para viajar.

Secándose el sudor que le escurría por el cuello y cara, Roderick Arnold hizo las presentaciones de rigor.

—La señorita Diana Cyro. He reclamado sus servicios y espero sacar de ellos buenos resultados. Éste es C.

S. Allison,

uno de nuestros confidentes más inteligentes. Suele estar en todas partes, como Dios. En el asalto al Savings Bank fue un espectador de primera fila.

—Ya he leído en la prensa que se llevaron un buen pico de dólares. ¿Tiene eso algo que ver con tu llamada urgente para que no diéramos tierra a Ada Whitman? ¿Qué es lo que te traes entre manos? Tu telefonema me ha intrigado. Habla...

Habían subido al potente «Oldsmobile» que les aguardaba, y éste arrancó.

—Antes de todo una cosa. ¿Lo has conseguido?

—¿El qué? ¿Tener insepulta a la señorita Whitman, mejor dicho, a la señora de Frick? Desde luego; lo he conseguido, pero a regañadientes. Duke, el superintendente de la Metropolitana, no quería saber nada. Ya se había hecho la autopsia al cadáver y quería liquidar ese asunto de una vez. Sabes que eso no era de nuestra competencia.

—Al contrario; tengo la impresión de que es de la única y exclusiva competencia del

F. B. I.

—Si no te explicas...

—A eso voy. Toda la culpa la ha tenido un billete con cierta serie y cierto número, una fotografía de Clarence Frick (creo que se llama así el joven acusado del triple crimen del Bronx) y de un anillo que éste lucía en uno de los dedos de su mano izquierda.

—¿Dónde quieres ir a parar? Me estás hablando en jeroglífico, no sé si te habrás dado cuenta.

—No hay tal jeroglífico. A lo que íbamos es a que este asunto del Bronx nos pertenece a nosotros resolverlo, y te voy a decir por qué. Para tu mejor comprensión voy a ir por partes. El día 13 de agosto, a las doce de la mañana, unos atracadores, disfrazados de

militares, asaltan el Savings Bank. Por usar uniformes del ejército el asunto pasa a nuestra jurisdicción. ¿Vas entendiendo?

—Por ahora, sí.

—Prosigo. Aquella misma noche asesinan a dos viejos. Caso para la Policía Metropolitana; pero el inspector encargado de las investigaciones encuentra un billete cuyo número y cuya serie coinciden como uno de los robados. Deducción lógica: el doble asesinato tiene estrecha relación con el atraco al Savings Bank, y, por tanto, pasa a nuestra jurisdicción.

—Hasta aquí está claro. Pero en lo que se refiere a lo demás, a esto de Nueva York...

—Todo es de una gran simplicidad. Apenas si había yo ideado un plan de campaña cuando llegan a mis manos los diarios en que, junto al doble crimen de Chicago, se habla del triple del Bronx. Aquí ha habido más suerte: han detenido al culpable. Pero resulta que ese culpable, al ser retratado, se cubre la cara con sus manos. En una de ellas va el eslabón que une ambos casos.

—¿Y qué es?...

Roderick Arnold sacó de su cartera dos fotografías. En ambas, con un círculo en lápiz rojo, había hecho resaltar el detalle de la sortija.

—Este viejo retrato pertenece a la señora Chelson, una de las víctimas, en su juventud. Este otro es el de Clarence Frick, que yo he rescatado de la redacción de uno de los periódicos de allá. Yo me di cuenta del particular haciendo una comparación de esta vieja fotografía con la del periódico, ya impresa, ayudándome con una lupa. Aquí, en esta que te traigo, se ve mucho más claramente a simple vista.

El inspector Kirby tomó ambas fotografías y las estuvo cotejando. Efectivamente, aquellos dos anillos parecían uno solo; pero también pudieran ser dos exactamente iguales. Así se lo hizo ver a Roderick Arnold.

—Desde luego —respondió éste—; no he descartado esa posibilidad. Pero antes debo cerciorarme de que mi teoría es falsa o verdadera. Por lo pronto tendremos que visitar al preso para saber de dónde la sacó. Esta señorita que me acompaña afirma que no hace mucho tiempo se lo vio en la mano de la desaparecida Eva Chelson.

—No me has dicho quién es Eva Chelson, ni sé nada de tu teoría. Ignoro adonde quieres llegar, pero debes tener en cuenta que Ada Whitman ha sido identificada por su marido y por...

—De acuerdo; pero... Creo que estamos llegando. En otra ocasión te expondré mi hipótesis.

Entraron en el depósito. Diana Cyro iba más muerta que viva. Su agradable rostro de adolescente estaba como la cera. Por más que se esforzaba en vencerse, sus dientes castañeteaban ligeramente.

Sobre una mesa de mármol, desnudo, yacía el cuerpo de la joven asesinada. El inspector Kirby levantó un pico de la sábana con que estaba cubierto el cadáver, y su rostro quedó al descubierto. Diana Cyro ahogó un grito. El rostro de la muerta había sido lavado por una mano desconocida y se mostraba ahora cambiado levemente, pero en toda su belleza.

—¿Qué nos dices, pequeña?

La joven tartamudeó:

—Es... es...; no cabe duda. Se trata de Eva Chelson.

—Fíjate bien, muchacha —insistió Kirby—. Lo que estás afirmando tiene una importancia vital.

Diana Cyro estaba a punto de desmayarse. Se la notaba profundamente emocionada.

—No hace falta que digas más... por ahora. Tu emoción me dice que crees estar segura —dijo Roderick Arnold.

—Lo estoy, sí, señor inspector. Puedo jurarlo.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Kirby, bajo la sonrisa conmisericordiosa de C.

S. Allison

y Roderick—. Esta chica jura que es Eva Chelson; en cambio, el presunto culpable afirma que es su mujer, Ada Whitman. El juez Malone, que los casó, la ha identificado también, y asimismo el doctor Dickson, que era su superior en el Medical Center. ¿A quién hemos de creer?

—Tú puedes creer a quién quieras, Kirby —respondió Roderick, siempre sonriendo—. Yo creo a esta jovencita, porque sus afirmaciones encajan con mi teoría del caso.

—Nuestro colega de la Metropolitana también tiene una teoría. Puede que oyéndole cambios de opinión. Está preparando la encuesta y tiene esperanzas de sentar a Clarence en la silla, salvo

que los médicos lo declaren loco.

—Supongo que seguirá investigando.

—Desde luego. Cuando yo le hablé de tu llegada salía hacia la casa del Bronx. Si quieres cambiar impresiones con él, allí lo encontraremos.

Roderick Arnold lanzó un gruñido de asentimiento; rogó a uno de los agentes que se hiciera cargo de Diana Cyro y que la condujera a Centre Street, adonde él iría a reunirse con ella lo antes posible, y se inclinó sobre una de las manos del cadáver. Como no encontrara nada, volvióse hacia la otra. Aunque tenía un color cerúleo muy subido, pudo cerciorarse de lo que quería. No significaba gran cosa, más la verdad era que uno de los dedos de aquella mano mostraba aún la leve señal de haber tenido puesto un anillo.

—Esto está visto; me agradaría conocer la tesis de nuestro colega.

C. S. Allison, el agente especial, el inspector Kirby y Roderick Arnold subieron al coche. El segundo conducía. Un cuarto de hora después el automóvil del

F. B. I.,

paraba frente a la casa donde se había desarrollado la tragedia. Pese al sol, que caía a plomo, la tierra del jardín estaba reblandecida a causa de la pasada tormenta. En la puerta de la valla, un policía uniformado que estaba de centinela se cuadró al reconocer a Kirby. Menos el agente especial, que quedó haciendo compañía al de la Metropolitana por orden de su jefe, los demás entraron en el escenario del crimen. Tras las presentaciones de rigor, el inspector de la Metropolitana invitó a su colega a echar un vistazo.

—Puede que usted encuentre algo que se nos haya escapado a nosotros —dijo con ligera ironía.

—No es fácil, pero por probar...

C. S. Allison y el inspector Kirby encendieron sendos cigarrillos y se dispusieron a conversar con el de la Metropolitana, que parecía haber acabado por el momento su tarea.

—¿Qué tal va eso?

—Las pruebas son concluyentes contra Clarence Frick. Compadezco al muchacho. El crimen de un loco, sencillamente. Vean cómo está todo: rotos los armarios, las ropas revueltas... Se

han encontrado huellas de sus dedos por todas partes: En el arma homicida, por las mesas, en las paredes... En fin, un caso resuelto, como les digo.

—Mi compañero Roderick Arnold cree que no está resuelto todavía.

—Cada uno es libre de pensar cómo le parezca. ¿En qué se funda?

El inspector Kirby le explicó sucintamente la hipótesis de Roderick.

—Como teoría no está mal. Pero yo puedo echársela por tierra con sólo abrir la boca.

—Con sólo abrir la boca, ¿qué?...

Roderick Arnold había efectuado su inspección y reunido con los que charlaban.

—El inspector Kirby me ha explicado su teoría respecto de los crímenes de Nueva York y Chicago. Oyéndole hablar, cualquiera que no sepa lo que yo sé sobre el asunto se convencería. Pero escuche, inspector. La culpabilidad de Clarence Frick es manifiesta. Morirá en un manicomio o en la silla eléctrica, según sea la conclusión del grupo de psiquiatras que lo tienen en observación.

—Ya veo que usted tiene también su hipótesis de los hechos.

—Como le he dicho antes a nuestro amigo Kirby las pruebas son concluyentes. Así, pues, mi hipótesis no es tal hipótesis, puesto que puedo asegurar que está confirmada.

El inspector Kirby y C. S. Allison siguieron fumando su cigarrillo sin intervenir en la conversación de los otros. Pero, pese a que parecían distraerse observando los objetos aún desparramados por la escena del crimen, no perdían sílaba de lo que allí se decía.

—Veamos, inspector Owen: espero su razonamiento —animó Arnold.

—Es simplísimo —contestó su interlocutor—, pero contundente. Empecemos por el principio. Ante todo, la muerta no puede ser Eva Chelson, como usted ha dado a entender, sino Ada Whitman. Son varios los que la han identificado; entre ellos, su propio marido.

El inspector Owen hizo una breve pausa, como esperando que el otro le contradijera. En vista de que Roderick se limitó a un movimiento de cabeza, aquél continuó:

—Sentada esta premisa, lo demás viene por sí solo. Pero

hagamos un poco de historia. La tarde de autos, Clarence Frick y Ada Whitman, según declaraciones del acusado, al salir del hospital, y porque parece ser que estaban un poco enamoriscados, se dedican a divertirse. Almuerzan juntos, beben, se pasean, se bañan en la playa de Coney Island, regresan a Nueva York, hablan de matrimonio a los padres de la chica y éstos se niegan.

Nueva pausa del inspector Owen; ahora, Roderick le anima a proseguir.

—Esta negativa hay que tenerla muy en cuenta, por lo que viene después. Efectivamente, discuten, la joven se enfada y, bajo los efectos de este disgusto, abandona el hogar de sus padres y se va con Clarence Frick. Vuelven a la ciudad, siguen bebiendo, divirtiéndose, y a eso de las tres de la mañana, no «muy serenos», según la expresión del juez Malone, éste los estaba casando.

Roderick había prendido un cigarrillo y ofrecido a los otros tres. Todos los encendieron en silencio. El inspector Kirby y C.

S. Allison,

ganados por las palabras de Ower, se habían unido a los dos interlocutores. Tras chupar del suyo un par de veces, el de la Metropolitana prosiguió:

—De nuevo tenemos la declaración del acusado, parte de ella confirmada por el taxista que los condujo al Bronx. Según el primero, Ada y él habían acordado que aquélla regresara a su casa para recoger su ropa. Muy posible que así fuera. Ahora bien: la chica se fue, y en vista de que el tiempo pasaba y ella no volvía, «altamente nervioso», según ha confirmado el conductor, el señor Frick abona el importe de su recorrido y se dirige a la casa.

Otra pausa, ahora un tanto estudiada, y otra chupada al cigarrillo.

—Y escuchen ustedes esto. Aquí entra mi teoría, y todo lo confirma. Clarence Frick, «altamente nervioso», por emplear palabras ajenas, se dirige a la casa. ¿Qué ocurre a su llegada? Jamás lo sabremos si el acusado no nos lo dice; pero hay una cosa indudable. Ada Whitman, tal vez convencida por sus padres, no sólo no regresa a dónde la espera su marido, sino que se acuesta.

—¿Por qué supone que la muchacha estaba acostada?

—Fue asesinada en ropas íntimas —contestó rápido el inspector Ower, y prosiguió con ardor, como si su alegato no estuviera

dirigido a un simple colega, sino a todo un jurado—. ¿Hubo arrebató en este crimen? ¿Tuvo conciencia el asesino de lo que hacía? Puede que las dos cosas. En principio existió arrebató, después, conciencia. Ahí está el detalle de vestir a la muerta. Clarence Frick se dio cuenta de que la Policía crearía una hipótesis, la verdadera hipótesis, si la encontraban en ropas interiores. Pero no tuvo en cuenta un detalle. Aparte de las terribles heridas del cuello, Ada Whitman tenía algunas más en diversas partes del cuerpo; *el vestido no estaba apuñalado y si el camisón.*

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué dice él? ¿Se defiende?

—Cuenta una historia fantástica, ni medianamente creíble.

—Su teoría es francamente buena; pero no hay verdades relativas. La mía yo creo que también lo es, y, sin embargo, una de las dos ha de ser falsa por fuerza. Pero dejemos esto por ahora. Me gustaría interrogar, si es posible, al acusado.

—Por mí puede hacerlo cuando guste.

—No antes de telefonar a Chicago, a ver qué tal sigue mi mujer.



PADRE:

No consentas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

¡AVENTURAS DEL F. B. I !

VI

EL TESORO ESCONDIDO



hablaron Roderick Arnold y C. L Clarence Frick con que
S. Allison

no era el mismo de dos días atrás. El golpe había sido terrible para él. Encerrado en aquel pabellón psiquiátrico del Medical Center, veía transcurrir las horas, una tras otra, en un estado de sumo abatimiento.

Pero no estaba loco. Nunca había visto las cosas con tanta claridad como entonces. Sabía que su vida, después de tal acusación, dependía de un hilo, más esto era lo que menos le preocupaba. La tragedia que pesaba en su espíritu no era la suya propia, sino la de su mujer. Su porvenir, una vez muerta ésta, le

traía sin cuidado.

El muchacho joven, acicalado, robusto, de cabello crespo se había trocado ahora en una especie de autómata, con barba crecida, ojos hundidos y tristes, labios plegados en un rictus de dolor. Al inspector del

F. B. I.,

le impresionó grandemente el aspecto del presunto culpable. Y mucho más el hincapié que hacía para que todo concluyera cuanto antes.

—Yo no estoy loco, no estoy loco. Tampoco soy un asesino; pero quiero que se me juzgue. Esto es insoportable. Si he de morir por un crimen que no he cometido, que sea cuanto antes. Desprecio la vida. ¿Para qué quiero vivir si ella ya no está conmigo?

A Roderick Arnold le hubiera agradado poder dar ánimos a aquel joven medio destruido, pero no se atrevió a hacerlo en la medida que lo deseaba. Tras cerciorarse de que, efectivamente, el anillo que Clarence Frick llevaba aún puesto, se lo había quitado al cadáver, el inspector del

F. B. I.,

quiso saber si estaba cierto de que la muerta era su mujer.

—Sí...; sí...; absolutamente cierto. ¡Es horrible, horrible!

—¿No habría alguna posibilidad de que fuera alguien... vamos... alguien que se le pareciera?

—El parecido tendría que ser grande. No confunde uno así como así a la mujer que ama.

—Pero usted estaba profundamente conmovido. No podía ver con claridad las cosas. El ambiente de tragedia influiría sobre usted. Estoy seguro. Además, el rostro de la joven debía estar muy desfigurado por la sangre. No obstante, dejemos esto a un lado. Partamos de la base de que, realmente, Ada Whitman ha sido la muerta. Dígame si notó algo extraño en ella.

Clarence Frick hizo un esfuerzo por recordar.

—Lo único que me llamó la atención —dijo al fin— fue el que Ada se hubiera desprendido tan pronto de su alianza, y, en cambio, tuviera puesto este exótico anillo. Y no es esto todo —el joven hizo una breve pausa, como para recordar mejor—; sus ojos habían cambiado de color. Sí, sí, de color —repitió—. Verdes en vida, cuando la encontré muerta eran ligeramente azules.

Se mesó los cabellos con desesperación y luego se pasó la mano sana por sobre el vendaje que cubría su antebrazo. Tenía los ojos muy brillantes y los labios temblorosos. Se veía bien a las claras que el recuerdo le hacía sufrir. De haber proseguido el interrogatorio, posiblemente le hubiera dado un ataque de nervios. Roderick Arnold lo comprendió así y se despidió. El ánimo que al principio no se atrevió a darle, se lo dio entonces:

—Estoy seguro de que usted dice la verdad; pero el inspector Ower tiene sus ideas a este respecto. Incluso pruebas... Yo, frente a un tribunal, no podría inclinar la balanza hacia usted. No obstante, queda una esperanza. Confiemos en que todo este asunto quede aclarado antes de llegar a ese extremo.

Con un balbuceo de chiquillo y una mirada lejana, Clarence Frick dio las gracias al inspector. Luego, mientras el enfermero que había presenciado la conversación acompañaba a Roderick y a C.

S. Allison

a través de algunos pasillos, el joven cayó en un sillón, con la cabeza entre las manos.

Ya en la calle, el inspector del

F. B. I.,

expuso la conveniencia de meter algo en el estómago, pues llevaban muchas horas sin probar bocado. El confidente se limitó a asentir.

—Recogeremos a Diana Cyro en Centre Street y pasaremos por cualquier restaurante.

Marcharon en silencio Broadway abajo. A la altura de Times Square, C.

S. Allison

quiso saber los derroteros que iban a tomar a partir de entonces los trabajos del inspector.

—Me he marcado una línea —respondió éste, chupando despacio de un cigarrillo que acababa de encender— que no he de abandonar mientras haya la menor posibilidad de que no estoy en un error. Avanzaré por ella hasta tropezar contra el muro o hasta llegar al final que preveo. Cada vez me siento más convencido de que, pese a lo que pueda pensar el inspector Ower, yo estoy en lo cierto.

—¿Algo nuevo que añadir a lo que ya me has contado?

—Mucho; pero, primero, comamos; después, ya tendremos

tiempo de hablar, largo y tendido, de estas cosas. Despreocupémonos de todo por el momento, pues es sabido que las preocupaciones no favorecen la digestión.

Durante el almuerzo, el inspector del

F. B. I.,

hizo honor a su palabra. Se limitó a hablar de cosas sin trascendencia, a asombrar a la joven Diana, que estaba un poco cohibida, y a comentar la habilidad del cocinero creador de los platos que vaciaban.

De nuevo en la calle, Roderick cogió amigablemente de un brazo a la muchacha.

—Bueno, encanto —dijo—; su cometido ha concluido. El nuestro no, y lo siento. No podremos acompañarla en su regreso a Chicago. Claro que hay otra solución. Nos ha servido bien, y yo, particularmente, la estoy muy agradecido. Si quiere quedarse en Nueva York algunos días, le buscaremos compañía para que lo pase lo mejor que pueda. Los gastos corren de mi cuenta. ¿Qué le parece?

—Gracias, inspector —dijo Diana Cyro alegremente—; pero da la casualidad que en Brooklyn, en la avenida Washington, tengo unos parientes; se alegrarán de verme y usted ya no tendrá responsabilidades sobre mí...

—En ese caso...

Tomaron un taxi y minutos después se apeaban frente al número 127 de Washington Avenue. Antes de que la chica se despidiera, Roderick Arnold deslizó en su mano un billete de a cien.

—Tendrá para el regreso —dijo simplemente. Y esperaron dos minutos hasta que Diana Cyro desapareció en el portal.

Cuando el vehículo se puso en marcha de nuevo hacia Manhattan, Roderick lanzó un suspiro de alivio. Miró su reloj de pulsera, que marcaba las cinco, y dejó escapar un silbido y una exclamación.

—¡Diablos! Hemos de darnos prisa. Aún nos queda algo por hacer en los andurriales del río del Este, antes de que anochezca.

—¿Qué es ello?

—Deseo efectuar algunas indagaciones acerca de la vida anterior de la familia asesinada. Interrogaré a alguno de los vecinos. Además, pienso hacer un minucioso registro en la casa. Si mi teoría

no es equivocada, es fácil que estén por allí los cien mil dólares robados.

C. S. Allison iba a protestar.

—Sé lo que vas a decir; que pueden estar en cualquier otra parte; pero, lo he repetido muchas veces, hemos de correr esa contingencia. Es preciso comprobar uno por uno, sin dejar cabo suelto, cada punto que se presente a nuestra consideración. Si es falso, se buscará por otro lado.

El confidente se encogió de hombros.

—Realmente —dijo— no sé qué demonios hago yo acompañándote a todas partes. ¿Qué utilidad sacas de mi compañía?

—En estos momentos, la simple de tenerte a mi lado; pero espero que no tardando, me sirvas de mucho para la identificación de los ladrones y asesinos tras cuya caza vamos.

Algún tiempo después se apeaban ante una de las casas vecinas a la del crimen. Se trataba de un pequeño «*bungalow*» de madera pintado de azul y frisos blancos. La mujer que salió a abrirles les recibió de mal talante.

—Ya nos ha molestado lo suyo la Policía. No tenemos nada más que añadir.

Cuando vio que le cerraban la puerta en las narices, el inspector del

F. B. I.,

levantó los puños cerrados y se dispuso a golpear hasta derruirla. Luego se arrepintió, encogiéndose de hombros y salió, con ánimo de abordar a gente más propicia.

No pudo llevar a cabo su intento.

Al otro lado de la calle, sus ojos descubrieron a una de las personas que menos esperaba ver allí.

Se trataba de Clarence Frick. Un Clarence despeinado, sin sombrero, con una mirada extraviada que imponía. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado, asomándole por la solapa, y los puños de la camisa sueltos.

Para pasar en lo posible inadvertido, se había ocultado tras un farol y sus ojos no se separaban de la casita en que había ocurrido la tragedia de la que se le acusaba.

De dos zancadas, y sin que el otro lo percibiera, Roderick se

puso a la altura de Clarence. Lo tomó por un brazo con energía y con voz de acento sumamente persuasivo cortó su probable resistencia.

—No forcejee; le conviene no llamar la atención. Venga; sigamos hasta la casa. Allí hablaremos.

Clarence se dejó conducir dócilmente. A nadie extrañó que aquellos tres hombres entraran en el pequeño y pobre edificio, puesto que la Policía, hasta entonces, lo había estado visitando a cada minuto. Una vez dentro, el Inspector del

F. B. I.,

preguntó a Frick qué significaba su presencia en aquel lugar. Clarence se mesó los cabellos.

—Sé que puedo confiar en usted —dijo—. Usted no es como ese maldito inspector que me quiere cargar con el mochuelo. Usted cree que yo soy inocente. Y lo soy... No podía seguir allí, esperando, sin hacer nada por salvarme. Desde que usted me habló de la posibilidad de hallar a los verdaderos culpables, pensé que debía luchar porque triunfase la justicia y brillase mi inocencia. Me he escapado. Golpeé al enfermero, me vestí su bata blanca y así pude huir. He venido aquí, porque aquí debe de estar la prueba de mi inocencia. Y si la hay, sólo yo he de encontrarla.

Roderick intentó calmarle.

—Efectivamente —dijo—, con usted se estaba cometiendo un error; pero usted ha cometido otro al escapar. Esta huida del hospital pondrá de manifiesto, más que su inocencia, su culpabilidad. Le acusarán con más ahínco. Si yo fracaso en mis indagaciones, difícil le será probar que usted no asesinó.

Clarence Frick se retorció las manos. El tono del inspector, aunque no duro, tenía cierta inflexibilidad. De pronto, su voz se dulcificó y su mano palmeó la espalda del joven.

—Sin embargo —prosiguió—, confíe en mí. Regrese al Medical Center. El señor Allison le acompañará.

Clarence se revolvió furioso. Estaba sentado en una de las desvencijadas sillas del revuelto vestíbulo y estaba viendo en su imaginación los cadáveres de que se le quería culpar.

—¡No! ¡No! —saltó de improviso—. Yo no regresaré nunca allí por propia voluntad. Enciérreme usted; puede hacerlo. Pero mil veces que me encerraran, mil veces intentaría escapar. ¡Soy

inocente! ¡Usted sabe que soy inocente! Y ya que nadie se decide, ni incluso usted, a proclamar mi inocencia, yo la proclamaré a los cuatro vientos buscando y hallando pruebas que restregar contra la nariz de ese asno de inspector Ower.

—No las encontraría, Clarence. A mi modo de ver las cosas, el escenario fue concienzudamente preparado por los verdaderos culpables; las únicas pruebas que existen le acusan a usted.

Estaba anocheciendo, pero el inspector del

F. B. I.,

se negó a que Allison, que escuchaba en silencio, encendiera luces. El bochorno del día había decrecido, pero aun así y todo, el calor era poco menos que insoportable. En el cielo brillaban estrellas y hasta el vestíbulo donde los tres hombres se hallaban llegaba una incierta claridad.

Iba Roderick a insistir en su idea de que Clarence regresara a su encierro del Medical Center, cuando la luz cegadora de unos potentes faros de automóvil hendieron las sombras, enfocando de pleno la casita.

El inspector del

F. B. I.,

se pegó inmediatamente contra una de las paredes, y Clarence quedó agazapado como un conejillo sin saber qué resolución tomar. C.

S. Allison

emuló al inspector, y todos tres escucharon de pronto órdenes en voz alta de registrar la casa.

Roderick Arnold reconoció enseguida la voz del inspector Ower y no vaciló un instante. Cogió del brazo a Clarence, le cubrió con su cuerpo y le obligó a entrar, medio a empujones, en la habitación que había sido alcoba de Ada Whitman.

—Ahí tiene usted una ventana. Salte por ella. El inspector Ower, pensando por primera vez en este asunto con la cabeza, ha supuesto que usted vendría por aquí e intenta capturarlo. ¡Hala! ¡Váyase antes de que le sorprendan o me arrepienta yo! Si le detienen ahora, peor para usted, porque le encerrarán en la cárcel y activarán la vista de su causa. Y si la causa se ve, tenga la seguridad de que le condenarán por homicidio. No sé si la atenuante de enajenamiento mental le salvaría de morir.

Clarence estaba ya a horcajadas sobre el alféizar, agradeciendo en lo más profundo la nueva actitud adoptada por el inspector del F. B. I.

Éste prosiguió:

—Si quiere saber cosas, mientras la situación se aclara, nos veremos en el puente de Washington, sobre el Hudson, todos los días a esta misma hora. Pero confiemos en que pronto, por su bien sobre todo, encontremos la verdadera solución.

—Así sea —fue lo último que dijo Clarence Frick antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

Roderick Arnold encendió la linterna y simuló enfrascarse en el registro de uno de los armarios de la habitación que había sido de Ada. De esta guisa le encontró el inspector Ower cuando irrumpió en ella, precedido de C.

S. Allison.

—No se empeñe en buscar nada nuevo, inspector Arnold. Ya le he dicho que es un caso resuelto. Todas las pruebas que había aquí se encuentran en poder de mi Departamento.

—A su modo de ver, desde luego, el caso está resuelto; pero no al mío.

—¿Y por eso ahora ha ayudado a escapar a Clarence Frick?

La acusación era directa. Roderick Arnold notó que la sangre se aceleraba en sus arterias, que estaba a punto de enfadarse y mandar a paseo al otro. Se sobrepuso, no obstante, y contestó que no sabía de lo que le estaba hablando. El inspector Ower rectificó.

—Perdone...; yo...

—Inspector Ower —uno de los agentes de la Metropolitana cortó la palabra de su jefe asomando la cabeza por la ventana desde la que Clarence había saltado al jardín—, aquí hay huellas recientes. ¡Y parecen del acusado!

Ower miró suspicazmente a Roderick Arnold. En los labios del confidente vagaba una sonrisa.

—Síganlas —dijo, por fin, el inspector de Policía—. Es muy posible que haya aquí quien tenga que arrepentirse de obstruir mi trabajo...

Dicho esto, el inspector Ower saltó a su vez por la ventana al jardín. Roderick se asomó a ésta. Las linternas de los agentes saltaban de árbol en árbol tratando de localizar al fugitivo. De

pronto, uno de ellos dio la voz de alto, que el propio Ower coreó enseguida.

—Ya lo han cazado —se lamentó Roderick, dirigiéndose a Allison—. Veamos si podemos hacer algo por él.

El inspector del

F. B. I.,

y el confidente siguieron las huellas de los de la Metropolitana. Casi todas las linternas se habían apagado, pero aun así, las siluetas de los agentes de uniforme se veían inclinadas sobre algo que ni Roderick ni su acompañante alcanzaron a ver hasta que no estuvieron encima.

La sorpresa fue morrocotuda. Cuando esperaban hallar a Clarence Frick esposado, recibiendo una dura reprimenda del inspector Ower, se encontraron con que, tanto el joven como el jefe de Policía, inspeccionaban un maletín de viaje, en cuyo vientre se alineaban algunos fajos de billetes enteramente nuevos.

Clarence explicó que, al huir, debido sin duda a que la tierra estaba aún fofa, había metido el pie en aquel hoyo, descubriendo el maletín.

—Aquí hay una verdadera fortuna —comentó el inspector Ower.

—Desde luego —intervino Roderick Arnold, que había cogido uno de los billetes y lo había comparado con las cifras asentadas en su libro de notas—. Pero la fortuna es la nuestra, inspector. Se trata de los billetes robados en Chicago al Savings Bank. Ahora sí que la relación entre aquel crimen y éste es directa, indiscutible. Llévase, pues, si quiere, a Clarence, pero más en calidad de huésped que de prisionero. Aún nos quedan por aclarar muchas cosas; más creo que la solución se precipita.

No había querido ser duro, pero, al inspector de la Metropolitana, las palabras del

F. B. I.,

no pudieron por menos de herirle en su amor propio.

LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de

AVENTURAS DEL F. B. I.

Por 1,25 pesetas

VII

UN GOLPE EN LA CABEZA



Arnold?

STED no viene, inspector

—No, inspector Ower. Allison y yo nos quedaremos por aquí un poco más, tomando el fresco. Estas orillas del East River están mucho más agradables que Manhattan. Aquí al menos, se respira.

—Como quiera —respondió el inspector Ower.

El diálogo, cortante y de simple cumplido entre el inspector del F. B. I., y el de la Metropolitana, fue mantenido por los dos policías mientras avanzaban hacia la calle por el pequeño sendero del jardín

de la casa de los Whitman. No se necesitaba mucha perspicacia para comprender que aquel paseo por el East River era sólo una simple disculpa. Pero el inspector Ower, después del derrumbamiento de su teoría, no se sentía con autoridad moral para inquirir sobre las intenciones de su colega. Así, se despidieron a la puerta, y cada cual tomó un rumbo distinto.

El coche del inspector Ower, con Clarence Frick y todos sus agentes, se dirigió hacia uno de los puentes del Harlem; Roderick Arnold y C.

S. Allison

—el primero sin soltar de su mano el maletín con el dinero— marcharon a pie, y muy despacio, en dirección a la ribera del río del Este. Pero no habían caminado cincuenta yardas cuando torcieron, y, a paso de carga, se dirigieron de nuevo a la casita de los Whitman.

Esta vez no entraron por la puerta despreocupadamente, sino que saltaron la valla por la parte posterior con todo sigilo y se metieron por una de las ventanas, precisamente aquella que había servido a Clarence Frick para escapar hacía poco.

En esta operación les sorprendieron unos disparos y los estridentes zumbidos de las sirenas policíacas, que se acercaban de nuevo.

—Otra vez se les ha escapado Clarence, como si lo viera — comentó el inspector del

F. B. I.

Y haciendo una seña a Allison para que le siguiera, desanduvo el camino que los había traído.

Ya en la acera, se pararon un momento, en espera de que el coche de la Policía les alcanzara. El inspector Ower saltó de él como una tromba.

—No han avanzado mucho, diablo. Parece como si la casa del crimen tirara de ustedes.

—Oímos los disparos y hemos vuelto. ¿Qué ha pasado?

—Ese hombre... Ha vuelto a escaparse. Yo no digo ahora que sea culpable, pero que está como una cabra puedo jurárselo, inspector. Paramos un momento y aprovechó un descuido para arrojar fuera del coche. Disparamos al aire, pero como si nada... Desapareció entre la multitud que salía por la boca del «subway».

Peor para él. Como le eche la mano encima, lo hundo en el manicomio para toda su vida, aunque sea más inocente que un recién nacido.

El inspector Ower echaba chispas. Saltó de nuevo a su automóvil y desapareció definitivamente. C.

S. Allison

miró con sonrisa sardónica a Roderick. Éste se frotó las manos con regocijo.

—Vamos a lo nuestro —dijo después de una breve pausa.

«Lo nuestro» era regresar una vez más a la vivienda de los Whitman y encerrarse en ellas a oscuras. El inspector del

F. B. I.,

en voz baja, mandó a C.

S. Allison

que se acomodara lo mejor posible y tratara de dormir.

—Sé que es difícil sin haber cenado, pero las circunstancias mandan. No podemos desperdiciar la menor posibilidad de coger a los culpables y creo que esta noche podemos tener alguna.

—Esperas que ellos vengan en busca de los billetes, ¿no es verdad?

—Han matado por ellos, bien lo sabes, y es elemental suponer que intenten hallarlos. Recuerda el telegrama y cómo cazamos a aquellos dos en Chicago. Iban precisamente a lo mismo a que espero vengan los de aquí esta noche, mañana o dentro de una semana. Ayer no lo hicieron porque todavía la Policía montó guardia. Pero, de ahora en adelante, en cualquier momento, pueden hacerlo. Cien mil dólares son muchos dólares para dejarlos así como así, después de haber llegado tan lejos por su causa.

—¡Ojalá vengan esta misma noche! —suspiró el menudo confidente entre un bostezo—. Se me pone la carne de gallina sólo en pensar que tengamos que pasarnos aquí un par de meses, noche tras noche.

—Esperemos que no se demoren tanto. Ellos han de estar mucho más impacientes que nosotros. Y ahora, tú dormirás media noche y yo la otra media. Si cuando te toque tu turno notas que te vence el sueño, no tengas inconveniente en llamarme. Yo estoy más acostumbrado que tú a estas centinelas.

—¿Podremos fumar?

—Procurando esconder la lumbre del cigarrillo o el encendedor al prenderle, desde luego. Ya que no comemos, fumaremos. Y a ver si mañana por la mañana, si no volver a Chicago, puedo al menos hablar largo y tendido con mi esposa. Estoy viendo que cuando regrese me voy a encontrar con una demanda de divorcio.

El otro, sonriendo, apostilló antes de tenderse sobre un deshilachado diván:

—Bien sabes tú que no.

Con estas palabras dieron por concluida la conversación. Roderick Arnold dejó al confidente y se acercó, andando a tientas, a una de las ventanas de la fachada principal.

La noche era clara, pero los raquíticos árboles del jardín velaban un tanto la visión. Afuera, en la calle, sonaban los elevados, y a lo lejos, en el East River, aullaban intermitentes las sirenas de los barcos.

De pronto, el inspector del
F. B. I.,

escuchó a sus espaldas un ruido apenas perceptible. Se volvió, e, instintivamente, empuñó la pistola.

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Allison? —preguntó con voz contenida.

—No, inspector —le respondió otra voz ceceante—. Soy Clarence. He entrado por la parte de atrás. Ya sabe usted...

—¡Silencio!

La recomendación había llegado bien a tiempo. La puerta de la cerca había rechinado y dos sombras avanzaban sigilosamente. Una de ellas habló en francés. Clarence Frick se alteró.

—Son ellos, inspector; son los asesinos —dijo, agarrando por una manga a Roderick.

—Calma, por favor; venga conmigo.

Retrocedieron hasta donde C. S. Allison dormía. Le despertaron zarandeándole ligeramente.

—Levanta. Allison. Ahí fuera hay dos hombres. Veamos si puedes identificarlos.

—Son los asesinos, inspector; son los asesinos. No los deje escapar —repitió Clarence, muy excitado.

—Usted está demasiado alterado; cálmese. Es necesario que los nervios no nos traicionen. Tal vez usted no sepa que son tres los

hombres que nosotros venimos persiguiendo; aquí falta uno. Déjeme obrar a mí. Ustedes síganme. Vean, oigan, callen y obedezcan mis órdenes.

—Entendido, inspector.

Los tres hombres salieron al vestíbulo una vez más. Afinando el oído, pudieron percibir un murmullo de conversación. Desde la ventana, contenida la impaciencia de Clarence, descubrieron entre los árboles la luz de una linterna.

—Difícil encontrar lo que buscamos —decía ahora uno de los visitantes nocturnos—. Si no hubiera llovido aquella noche... Yo casi estoy seguro de que ella ocultó el maletín en el jardín... Recuerda que en la casa no había nada cuando los liquidamos y no tuvo tiempo material de dejarlo en el Banco. No pudo alquilar una caja fuerte, porque cuando llegó a Nueva York estaban cerrados ya.

El que había hablado escarbaba con un machete la tierra en los lugares que les parecían más a propósito para haber ocultado lo que con tanto ahínco y a costa de tanto buscaban. El otro, con su linterna, se limitaba a alumbrar el trabajo de su compañero.

Una vez que la luz, al inclinarse, le dio de lleno en el rostro, el inspector del

F. B. I.,

preguntó al confidente si le reconocía.

—Creo que sí. Sin duda estamos sobre la buena pista; ese que cava es el que iba al volante, disfrazado de sargento. ¿Qué hacemos que no les prendemos ya?

—Falta un tercero, Allison. Y, según mi modo de pensar, una mujer. Bien Ada Whitman o bien Eva Chelson, una de las dos está viva y prisionera. Debemos salvarla, si aún es tiempo.

—No es posible, inspector; Ada murió; yo la vi muerta —intervino. Clarence Frick, siempre con la misma alteración de nervios, retorciéndose las manos.

—Sin embargo, usted admite que sus ojos habían cambiado de color. Aquí, ahora se lo puedo decir; hay un enigma que aclarar; lo intentaremos. Su mujer y Eva Chelson, vulgarmente hablando, se debían parecer como una gota de agua a otra...

—Pero eso es increíble... ¡Si al menos fueran hermanas...!

—Puede que haya usted dado en el clavo.

—¡No es posible! Ada jamás me habló de esa hermana.

—No sé por qué se me antoja que usted sabe muy poco de la vida de su mujer.

Clarence, recordando lo que le había ocurrido en relación con aquel hermano que ella le había dicho había muerto en Guadalcanal y del que jamás hasta entonces oyera hacer mención, afirmó con la cabeza, añadiendo enseguida:

—Por favor, inspector; no me haga abrigar falsas esperanzas.

—No quisiera, pero, la verdad, a mi modo de ver las cosas es muy fácil que encontremos viva a su mujer. Mis deducciones son éstas. Esos dos hombres que usted reconoce como los autores del triple crimen del que usted ha estado acusado, son los mismos que nosotros buscamos por el doble de Chicago y por el asalto al Savings Bank. Ahora bien: para asesinar, para matar tan a sangre fría se necesitaba un motivo poderoso. Este motivo lo tenemos en los cien mil dólares que hay en este maletín. Ellos han venido a buscarlos y al parecer no tienen la menor idea de dónde pueden estar ocultos. ¿Qué quiere esto decir? Sencillamente, que Eva Chelson, la portadora y ocultadora del tesoro, no existe ya, porque, de existir, la habrían obligado a declarar el escondite. ¿Comprende mi exposición?

Clarence Frick no supo responder. Solamente, con voz ahilada, mientras se alisaba los cabellos con mano temblorosa, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

El inspector del

F. B. I.,

le palmeó el hombro.

—Confiemos en que no me haya equivocado.

Entre tanto, los dos «gangsters» seguían su trabajo. Al llegar a la tierra removida, uno de ellos con acento francés, dejó escapar una maldición y luego dijo:

—Mira. Alguien se nos ha adelantado.

—¿No habrá sido...? —preguntó el otro, con un trémolo de desconfianza en la voz—. La Policía quizá, pero también... ¿Quién sabe? «Póker As» nos ha dejado solos demasiado a menudo en aquella casa, ¿eh, «Canadiense»?

El aludido respondió:

—No, no lo creo. De haber sido así, ¿para qué nos iba a hacer perder el tiempo a nosotros en buscarlo?

—Para huir. Todo se puede esperar de él. Recuerda lo ocurrido con Eva. ¿Quién nos decía a nosotros que nos traicionaría?

—Puede que estés en lo cierto; vamos.

Cruzaron el jardín a buen paso. Ahora, con pocas precauciones ya. Roderick Arnold dio su primera orden estratégica.

—Yo voy a seguirlos solo. Vosotros seguidme a mí, pero procurando no perderlos de vista.

—Nosotros llevaremos el maletín —sugirió Allison—. Pueden reconocerle.

—Me arriesgaré.

C. S. Allison torció el gesto.

—Como quieras —dijo.

Salieron a la calle. A menos de cien yardas, en la calleja solitaria, los dos criminales los precedían. Roderick se adelantó entre las sombras, pegándose a la pared de trecho en trecho. Clarence Frick y C.

S. Allison,

le siguieron. Pronto la cadena de los cinco hombres abandonaba la calle sombría y solitaria para desembocar en otra mucho más alumbrada y animada.

Los dos primeros hicieron alto en la parada del «bus» y el inspector del

F. B. I.,

pudo acercárseles como un ciudadano cualquiera. Uno de los «gangsters» pareció mirar con suspicacia al maletín, pero eso fue todo; la suposición de Roderick había sido la correcta.

Llegado el vehículo, subieron a él. Clarence Frick y el pequeño confidente subieron a un «taxi», pues era la única forma de cumplir lo ordenado por el inspector de no perderle de vista.

En la esquina de Broadway, la pareja de criminales saltaron a tierra. Roderick los imitó. Los vio subir a un «taxi» y dar una dirección que no llegó a captar, partiendo Broadway arriba. El coche ocupado por Allison y Frick se puso a su altura y aminoró la marcha; Roderick saltó a él sin consentir que parara del todo. Enfilaron la avenida tras el vehículo precedente, cuya velocidad aumentaba a medida que se alejaba del núcleo urbano. Porque sabido es que Broadway se prolonga a través de muchas millas hasta el límite del Estado de Nueva York, paralela al Hudson, y una

vez transpone el Bronx, se convierte en una Broadway sin apenas luces, en una carretera irreconocible, olvidada en pleno campo. Y menos mal que en aquella estación del año la animan los asistentes a los Polos Grounds, al New York Athletic Club, a los terrenos de deportes de Washington Bridge y a las pistas de entrenamiento de Columbia o de New York University.

A la altura de Yonkers, el automóvil perseguido torció por un caminito vecinal, que llevaba derechamente a una casita de dos plantas, sin jardín y solitaria en medio del campo. Roderick Arnold ordenó al chófer que apagara las luces de los faros y avanzara despacio en aquella dirección. Comoquiera que éste vacilara, el inspector se dio a conocer.

—Adelante, amigo; no tenemos tiempo que perder.

Dos minutos más tarde, el «taxi» que había conducido a los «gangsters» hasta la casita, se cruzaba con el que llevaba al inspector del

F. B. I.,

y a sus dos acompañantes. Fue entonces cuando Roderick Arnold ordenó hacer alto.

—Espérenos aquí —dijo al conductor—, emboscado entre esos árboles para no llamar la atención. Luego, volviéndose hacia Clarence, añadió: Usted, si lo prefiere, puede quedarse haciéndole compañía. No disponemos más que de dos pistolas y, sin armas, es peligroso acercarse allí. Además usted, con su brazo herido, no está en disposición de luchar.

—Ellos me lo hicieron; necesito cobrarme.

Roderick entregó una de sus pistolas al joven.

—Así se defenderá, mejor. Allison no la precisa; tiene miedo a las armas de fuego.

Dos de las ventanas superiores estaban iluminadas y una sombra se recortaba alternativamente en ellas. Se veía que pertenecían a la misma habitación y que un hombre se paseaba arriba y abajo, bastante nervioso. Sin duda los otros le estaban exponiendo el fracaso de su expedición. No había perros, y esto sirvió para que los tres amigos se aproximaran a la puerta sin ser notados.

Ya aquí, Roderick, antes de llamar, ordenó a los otros que se escondieran tras el tronco de sendos tilos centenarios que crecían en la explanada de frente a la casa. Él, por su parte, dejó sobre el poyo

de piedra el maletín. Había trazado un plan y en modo alguno debería despertar sospechas.

Pulsar el timbre y apagarse las luces, todo fue uno. Roderick Arnold levantó los ojos hacia las ventanas que hasta entonces estuvieran iluminadas; nadie se asomó. Pasaron unos eternos segundos. Detrás de los árboles, Clarence Frick y C.

S. Allison

contuvieron el aliento. El inspector del

F. B. I.,

repitió la llamada. Esta vez un timbrazo sostenido que se escuchó en el interior durante varios segundos. Al fin se escucharon unos pasos, se descorrió la mirilla y alguien miró por ella.

—¿Quién es? ¿Qué desea? —preguntó una voz dura.

—Soy un viajero de paso hacia Nueva York. Se me ha acabado el agua del coche y desearía, si son ustedes tan amables, reponerla.

La voz de la mirilla se dulcificó; pero no se confió lo más mínimo.

—Ahí, a la izquierda de la casa, hay un pozo con sus correspondientes herradas. Puede servirse de ellas y devolverlas a su sitio cuando acabe.

—Gracias.

El intento de Roderick para que le abrieran la puerta había fracasado. Pero confiaba en que alguna ventana estuviera abierta. En lugar de dirigirse al pozo, lo que hizo fue rodear la casa, tanteando despacio cada una de aquéllas; todas, pese al calor, se encontraban cerradas. Ante la imposibilidad de saltar, volvió a la puerta, cuyo timbre pulsó una vez más.

—¿Qué quiere ahora?

—No encuentro esos cubos.

—Pues váyase al diablo... —respondió el desconocido, de mal talante. Y, luego, cambiando de tono—: Están en... Bueno, saldré yo; si no estoy viendo que va a estar molestándonos toda la noche.

Roderick Arnold le dejó ir delante.

El pozo estaba situado entre un pequeño grupo de árboles, y allí la oscuridad se acentuaba por este motivo. No obstante, el pistolero descubrió enseguida lo que iba buscando. Estaba tan a la vista que...

—¿No decía usted...? —Inició extrañado, mientras se volvía.

Pero la sorpresa cortó su palabra. El inspector del F. B. I., le encañonaba con su pistola y antes de que tuviera tiempo de reaccionar le asestaba un golpe en la cabeza con el cañón de su arma, que le hizo perder automáticamente el conocimiento.

Roderick no perdió un segundo. Atole de pies y manos, le desarmó y se dirigió presuroso hacia la casa, cuya puerta franqueó por fin después de haber hecho una seña a C.

S. Allison

y a Clarence Frick para que le siguieran. El andaba sin ninguna precaución —esperaba que los «gangsters» le confundieran con su compañero—, pero a los otros les aconsejó que guardaran las más posibles.

Avanzaron por un corto pasillo y ganaron el vestíbulo. En uno de sus extremos arrancaba una escalera que ascendía al segundo piso. Roderick, en voz baja, dio algunas nuevas órdenes a sus acompañantes.

—Vosotros quedaos aquí Yo subiré primero; hay que hacer lo imposible por cogerles desprevenidos. Estad atentos al menor gesto mío.

Entregó el maletín a C. S. Allison, que lo cogió amorosamente, emocionado al pensar que jamás había tenido tanto dinero en su poder.

Clarence Frick, por su parte, seguía sin ser dueño de sus nervios. La posibilidad de que cuanto le había pasado pudiera resultar al final algo que más tarde pudiera recordar como un mal sueño, le alteraba.

No podía creerlo, pero, por otra parte, esperaba el milagro y confiaba en el inspector del

F. B. I.,

como en un dios. C.

S. Allison

le puso una mano sobre el brazo y le obligó a ocultarse con él detrás del balaustre, desde donde vieron avanzar, la mano sobre la culata de la pistola, a Roderick Arnold.

Cuando éste estuvo arriba miró a uno y a otro lado. La luz estaba encendida y esto era peligroso; podían descubrirle antes de que él descubriera a nadie. No obstante, se orientó lo mejor que

pudo, y, cuando lo hubo hecho, mandó subir a sus compañeros. Al tenerles a su lado, les ordenó parapetarse en el último peldaño.

—No me perdáis de vista —concluyó.

A juzgar por la posición de la ventana en que desde abajo habían visto luz, sus enemigos debían encontrarse en la última habitación de la derecha. Hacia allí se dirigió con paso decidido. Cerca ya de ella, un movimiento de su mano puso en acción a C.

S. Allison

y a Clarence Frick. No esperó a que llegaran a su altura para empujar la puerta, entrar rápido y cerrar tras sí.

—¿Quién era? —le preguntó alguien en la oscuridad, el «Canadiense» sin duda, a juzgar por su acento.

Roderick Arnold tosió, y, mientras tosía, una buena manera de disfrazar la voz, dijo:

—Encended.

La luz se hizo y la sorpresa de los dos «gangsters» no es para descrita al ver frente a ellos a aquel desconocido que les encañonaba.

—¡Arriba las manos! No intenten hacer el menor movimiento o los mando a los infiernos.

La puerta se abrió en aquel momento e irrumpieron en la habitación Clarence y Allison, el primero apretando fuertemente con su mano sana la pistola. Los forajidos no tuvieron tiempo de reaccionar. Roderick Arnold avanzó hacia ellos con las esposas dispuestas, pero el que no estaba dispuesto a dejarse atrapar como un ratón era el jefe. Se arrojó a los pies del inspector en cuanto lo tuvo a su alcance y trató de desarmarle, derribándolo. El otro bandido aprovechó la confusión creada por su compinche para llevarse la mano al revólver, más su gesto quedó truncado por un balazo de Clarence, que le atravesó el brazo y le hizo aullar de dolor.

Mientras tanto, «Póker de As» y Roderick Arnold se debatían en el suelo, luchando a brazo partido. El arma del inspector se le había escapado y el otro pugnaba por sacar la suya; pero sin conseguirlo. Los puños de su contrincante eran clavos que castigaban su rostro con fuerza de titán.

Entre Clarence Frick y C. S. Allison esposaron al herido, después de restañarle la sangre lo mejor que pudieron. Luego, se acercaron a

los dos contendientes cuando ya el pistolero, con la camisa hecha jirones y el rostro sangrante, estaba medio vencido, dándole el golpe de gracia. Después, mientras el inspector se arreglaba un poco la ropa y el nudo de la corbata, Allison se encargó de atar al otro, sirviéndose para ello de los cordones de una de las cortinas.

Y de pronto, cuando Roderick Arnold se disponía a iniciar un detenido registro de la casa, se oyó en la habitación vecina un contenido grito de mujer, al tiempo que unos débiles puños golpeaban la puerta. Los tres hombres se lanzaron hacia allí.

—¿Quién es? —preguntó el inspector del
F. B. I.

—¡Socorro! ¡Socorro! —repitió la voz, rota ahora por entrecortados sollozos.

—¡Ada! —exclamó Clarence, en tensión todas sus fibras, procurando inútilmente abrir la puerta.

Roderick ordenó a la mujer que se separase hacia un rincón de la estancia, pues iba a intentar descerrajar la cerradura.

Un segundo de espera y la pistola de Roderick escupió su carga una y otra vez sobre el ojo de la llave. Luego, de un fuerte empujón, dejaron la entrada libre. Ada Whitman, una Ada Whitman desconocida, de cabellos revueltos, rostro sucio, vestidos desgarrados y ojos enloquecidos de terror estaba allí, en un rincón, temblando como una azogada.

—¡Ada! ¡Mi vida...!

—¡Clare, querido mío!

Los dos jóvenes se fundieron en un estrecho abrazo. Ella lloraba. Su marido quiso calmarla.

—Todo ha pasado ya...; no llores. Me tienes contigo y estamos salvados.

—Salvados... Ellos decían que te matarían por mi muerte... Mira allí todos esos periódicos; me los traían para enloquecerme... Yo estaba aquí y no podía hablar...; no podía moverme... Esto debe ser un desierto. Estoy ronca de gritar, de pedir auxilio...; nadie me escuchaba...

—Querida, querida...

Suavemente, Clarence Frick alisaba los cabellos de su amada, cuya cabeza se había hundido en su pecho en busca de amparo.

—Ya pasó todo, felizmente —intervino Roderick—. Lo que no

me explico es como no la han asesinado también.

—Mi parecido con Eva me salvó por el momento. Estaban buscando la manera de hacerme desaparecer sin dejar rastro. Decían que si me mataban y aparecía mi cadáver, ya nadie podría creer en la culpabilidad de Clarence y la policía indagara hasta dar con los verdaderos criminales. Su idea primera fue la de asesinarme; la segunda, enloquecerme. ¡Y lo hubieran conseguido de no llegar ustedes tan a tiempo!

Volvió a sollozar. El horror pasado se adivinaba en sus agrandados ojos verdes y en su rostro demacrado.

—Puedes dar gracias al inspector, Ada. El creyó en mí desde un principio y supuso acertadamente que en este asunto existían dos mujeres: tú y la asesinada, aquella que todo el mundo, incluso yo mismo, confundimos contigo. El parecido, querida mía, era asombroso...

—Tanto —volvió a intervenir Roderick Arnold— que me es imposible creer que entre ambas no exista algún parentesco. ¿Ha tenido usted alguna hermana, señorita Whitman?

Por toda respuesta, Ada Whitman tiró de una cadena que llevaba al cuello y extrajo de su seno un medallón, cuyo contenido mostró al inspector. Se trataba de una fotografía con dos niñas como de tres meses, enteramente desnudas, sobre cojines. El inspector dejó escapar un silbido de asombro.

—¿Quién es usted de las dos?

—La que tiene el lunar en el hombro. La otra es Eva. Mis padres me han hablado a menudo de ella. Los Chelson eran unos parientes lejanos nuestros que vivían en Kentucky con nosotros y que se la llevaron días después de hacernos esta fotografía, al trasladarse a vivir a Chicago. Allí la adoptaron y no la volvimos a ver; que yo sepa, tampoco tuvimos noticias suyas.

—Sus padres sí debían de tenerlas. De otro modo no hubiera sabido encontrarles a su llegada a Nueva York. Pero esto no tiene importancia. Ahora váyanse ustedes al «taxi», regresen a Nueva York, persónense en Centre Street y espérenme allí. Los necesitaré para iniciar la causa previa. Mientras tanto, yo voy a telefonar al inspector Kirby para que nos envíe el coche celular.

Salió al pasillo Roderick con ánimo de localizar el aparato. Detrás, andando despacio y mirándose ilusionados a los ojos,

Clarence Frick y Ada Whitman. Aquél llevaba a ésta enlazada por la cintura, y la cabeza de la joven reposaba dulcemente en el hombro de su marido. C.

S. Allison

quedó arriba, con los prisioneros.

En el vestíbulo, después que los dos enamorados hubieron salido, el inspector encontró lo que buscaba. Marcó el número particular de su colega del

F. B. I.,

y le puso en antecedentes de lo ocurrido. Luego, pidió conferencia con Chicago. Mientras se la daban, regresó donde estaban los prisioneros, a quienes hizo descender al *hall*. Después salió y regresó enseguida con el que estaba atado junto al pozo. Encendió un cigarrillo, ofreció de fumar a Allison y se sentó al lado del maletín, que estaba sobre uno de los confortables sillones del vestíbulo.

—Y ahora —dijo, dirigiéndose a los «gangsters», mientras chupaba de su pitillo— hablemos amigablemente. No se trata más que de comprobar la hipótesis que me ha traído hasta vosotros. Simple curiosidad y simple vanidad. A ver tú. Te llaman «Póker As», ¿verdad? Bonito nombre... Vamos a ver si me sacas de dudas.

«Póker As», un individuo como de cuarenta años, rubio, bien plantado, le miró desafiante. Luego lanzó una carcajada. C.

S. Allison

se acercó a él y le amagó con un revés.

—¡Habla! —ordenó con energía—. No creo que os sirva de nada callar, pues hay pruebas más que suficientes para condenaros. Esto es solo, ya lo habéis oído, una simple curiosidad del inspector, y debéis satisfacerla, al menos en reconocimiento de su inteligencia para vencerlos.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Ya he dicho que solamente comprobar una teoría. Para ello no tenéis más que responder a estas preguntas. Serán pocas, para no fatigaros demasiado.

—¡Puaf! —Escupió el forajido—. Eso es jalea pura. Pregunte de una vez, y a otra cosa.

—El inspector quiere saber si los Chelson eran vuestros cómplices.

—Desde luego. Después de dado el golpe en el Savings Bank entregamos el dinero a la chica. En el bulevar Washington, junto al parque Unión, nos esperaba con un cochecito de niño y en éste se lo llevó. Por la tarde teníamos que repartir, pero ella no acudió a la cita. La ambición los había cegado. Indagamos entonces y supimos que Eva Chelson había partido hacia Nueva York. Conocíamos muchas cosas de su vida y sabíamos que sus verdaderos padres estaban aquí. Nos costó poco trabajo localizarla.

—Pero no encontrasteis el dinero. Fue un crimen inútil, como el de Chicago, que os costará la vida.

—Nosotros no tuvimos que ver nada con aquello.

—Ya lo sé; fueron vuestros cómplices. Debieron de perder la cabeza; pero ya han purgado su delito.

—¡Fanfarronadas! —intervino de pronto el «Canadiense»—. Ni los habéis encontrado ni los encontraréis jamás. Eso lo decís para sonsacarnos. Podéis saber cómo lo hicimos, porque eso interesa ya poco, pero dónde están nuestros compañeros, ¿eso, ni hablar!

—Por lo pronto —dijo Roderick, despectivo—, admites que los hay. Poco talento tienes, muchacho. Eres una mala bestia y nada más. No me extrañaría mucho que sólo tú fueras el brazo homicida.

—No he sido yo solo —se defendió el otro acusando—. Todos tenemos la misma responsabilidad.

—¡Cierra el pico, maldito cerdo! —cortó «Póker As».

El otro le retrucó y los tres «gangsters» se enzarzaron en una violenta discusión. De no haber estado esposados seguro que hubieran llegado a las manos.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. El inspector del F. B. I., cogió el auricular.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Eres tú, Mary? ¿Qué tal estás, querida? Esto ha concluido. Aunque todavía quedan algunos cabos sueltos, encargaré de ello a alguno de mis agentes... Sí, sí; estaré contigo lo antes posible. ¡Tengo tantas ganas de verte! Ya sé que tú también, querida... Un abrazo, nena... Y un millón de besos... Sí, mi vida, un millón...

—¿Qué dónde estoy ahora? En una casita de campo lejos de Nueva York. Hasta pronto, querida... Hasta pron... ¿Eh, qué es eso? ¿Quién ha apagado la luz? Maldita sea... Allison, ¿dónde estás?

¿Qué ha sucedido? ¿Qué diablos...?

Un golpe seco le hizo caer al suelo, arrastrando consigo el teléfono. Al otro extremo del hilo, angustiadamente, Mary Fergusson preguntaba qué pasaba. Pero Roderick no le podía responder. En la oscuridad del vestíbulo, una mano cogió el auricular y, a tientas, lo colocó en el soporte...



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A
EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

VIII

EL QUE LA HACE, LA PAGA



ODERICK Arnold abrió los ojos. Le dolían horriblemente la cabeza y las articulaciones, y le costó trabajo recordar lo que había pasado.

Después de unos prolongados quejidos, intentó orientarse del lugar en que se encontraba. No tuvo que esforzarse mucho. Sobre su cabeza, un amplio círculo por el que se descubría un magnífico cielo azul. A sus pies, a menos de una yarda, otro círculo menor reflejaba en parte el mismo trozo de cielo. Y, a su alrededor, una húmeda pared de ladrillos rojos, también circular. Se encontraba dentro de un pozo, en una manera ridícula y sumamente incómoda.

Tenía las manos fuertemente atadas a la espalda y un pañuelo

tapándole la boca. Apenas si podía respirar, cuando más gritar. Aparte de esto, su cuerpo estaba metido en una especie de red construida con cuerdas y suspendida en el espacio. Aunque el calor, afuera, era considerable, el inspector del

F. B. I.,

estaba allí dentro medio tiritando de frío.

El cerebro le pesaba, pero, aun así, a medida que pasaban los minutos podía pensar con mayor claridad. Su cabeza se iba despejando, no ya sólo del golpe, sino de algo más. Roderick Arnold, por las molestias y por lo avanzado que iba el día, había comprendido que lo habían cloroformizado. De otro modo, era imposible que hubiera estado sin sentido tanto tiempo.

Varias veces intentó aflojarse las ligaduras de las manos, pero las cuerdas, cuanto más forcejeaba, más se le hincaban en la carne. En vista de que por este lado el éxito resultaba más que problemático, centró su interés en la mordaza. Acercando el rostro al cáñamo que tenía ante él, rozó repetidamente el pañuelo por la áspera superficie. Milímetro a milímetro, la mordaza fue escurriéndose. Alentado por el éxito inicial, Roderick hizo lo propio con la parte que correspondía a su cogote. Aquí el deslizamiento, merced al cabello, fue más perceptible. Unos cuantos movimientos y el pañuelo caía sobre su cuello. Escupió una bola de trapo que tenía incrustada entre los dientes y respiró con fruición, ensanchando el pecho.

Un segundo después, a título de prueba, dejaba escapar un grito de socorro; nadie acudió a su llamada. No era fácil ser oído, pero no cabía duda que, así y todo, su situación había mejorado sensiblemente.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aquí! —repitió.

Esperaba a que el eco de su voz se perdiera para empezar de nuevo. Una y otra vez el silencio fue toda la respuesta.

Desanimado, afónico, inclinó la cabeza contra el pecho. Se le habían entumecido las piernas y, por los brazos, la sangre le circulaba mal.

Súbitamente, algo veló la claridad solar que descendía hasta él; levantó la cabeza. Un cuerpo humano se inclinaba hacia allí, haciendo pantalla con la mano para ver mejor. Más que reconocerle, le adivinó.

—¡Allison! Estoy aquí... Súbeme enseguida... ¡Vamos!

El de arriba, por toda respuesta, hizo lo que el inspector le ordenaba, mientras hablaba con alguien que estaba a su lado. Segundos después, Roderick Arnold, medio desmayado, salía a la superficie.

El sol le hirió de lleno en los ojos; deslumbrado, los cerró, en tanto que le liberaban de sus ligaduras. Una vez desatado, se friccionó las muñecas, hizo algunos movimientos gimnásticos y se decidió, por fin, con algunas precauciones a abrir los párpados. Lo que vio le obligó a cerrarlos de nuevo, creyendo soñar.

—¡Mary, mi vida! ¿Tú aquí?

Mary Ferguson estaba demudada, había pasado un susto terrible, pero el color empezó a volver a sus mejillas y la vida a su corazón. Mientras se echaba en los brazos del esposo, intentó bromear.

—Cortaste tan de improviso esta mañana nuestra conversación telefónica que no tuve más remedio que coger un avión y venir a reanudarla «tête-a-tête».

Roderick la besó en los ojos. Ella, de pronto, se puso a sollozar:

—Roderick, ¡qué susto me has dado! Ya pensé que no te vería nunca más.

—Pues ya ves que me tienes sano y salvo.

—Salvo desde luego, pero lo que es sano... —rió, entre sus lágrimas.

—Eres encantadora... No tengo derecho a hacerte sufrir estos sobresaltos. Si salgo de ésta...

Ella le tapó la boca con sus labios. Luego, mimosa, dijo:

—No prometas nada que no puedas cumplir.

—Esta vez va de veras. Te quiero demasiado y tu amor me resta facultades. Cuando esta mañana hablaba contigo, me olvidé de todo lo que me rodeaba; estaba en la luna. Por eso pasó lo que pasó. De no haber sido así, no hubieran logrado cazarme tan fácilmente. Pero me cazaron... El asunto estaba concluido, y ahora... vuelta a empezar. Bueno; puedo prometerme que solucionado esto dimitiré. Con esta lección tengo bastante. Aún no me explico...

Subieron al «taxi» en que Mary Ferguson y C.

S. Allison
habían venido.

—Siendo así —dijo ella—, me darás una gran alegría.

Se abrazaron y besaron de nuevo. La joven dejó reposar su soberbia cabeza en el pecho de Roderick. Éste, mientras la acariciaba los cabellos, se volvió hacia el confidente.

—Yo estaba en babia, Allison, pero a ti ¿qué te pasaba?

—Lo ignoro; no me puedo explicar lo que ocurrió. Se apagó la luz y recibí un golpe. Cuando desperté me encontré atado de pies y manos. Enseguida llegó el inspector Kirby y me libertó. Pensando que los asesinos te habían raptado, intentamos seguirles; pero no encontramos rastro de ellos.

—¿Cómo se te ocurrió volver? ¿Cómo asomarte al pozo?

Por los ojos de Roderick pasó un amago de sospecha.

—Pregúntale a tu mujer. A ella se le ocurrió venir a echar un vistazo por estos alrededores.

Roderick Arnold quedose unos segundos pensativo. Su mano seguía acariciando inconscientemente la cabellera de su mujer. Ésta, entrecerrados los ojos, se dejaba mecer por el vaivén del vehículo en un estado de languidez corporal y espiritual muy parecido al éxtasis. No quería ni podía pensar en nada. Sólo dejarse bañar en aquella dulcedumbre innominada que se había apoderado de ella al sentir junto a sí el cálido contacto del ser amado.

Mientras, Roderick, por más esfuerzos de imaginación que hacía, no podía representarse nada de lo ocurrido anteriormente al apagón de la luz y al golpe recibido en la cabeza. La explicación ya se la había dado. Durante la charla telefónica con su mujer, se había olvidado totalmente de todo, viviendo unos minutos en la luna.

—Hay que pensar en algún cómplice —murmuró para sí, pero en voz suficientemente alta para que C.

S. Allison

lo oyera.

—¿Decías algo?

—Sí; que hay que pensar en uno o varios cómplices —suspiró. Bueno, otra vez estamos en el principio.

—En el principio, no. Hemos adelantado muchísimo. Por lo pronto, sabemos que los ladrones del Banco son los asesinos de los Chelson y de los Whitman. Hemos salvado a un inocente de morir en la silla eléctrica y puede que no pase mucho tiempo sin que volvamos a localizar a los culpables y recuperar el dinero.

—Todo ahora es mucho más difícil. Son cerca de las cuatro de la tarde. He perdido un tiempo precioso y Nueva York es un inmenso refugio, suponiendo que se hallen todavía aquí.

—Es lo más probable. El inspector Kirby y el inspector Ower han ocupado con sus agentes todas las salidas: carreteras, aeródromos, ferrocarriles... No podrán escapar.

—Pondremos un aviso en toda la Prensa. Que nadie tome billetes del número y serie de los robados y que avisen al

F. B. I.,

en cuanto alguien intente dar alguno.

Estaban llegando a Centre Street.

—¿Qué dices tú a esto, querida?

—Yo no digo nada. Pienso en la promesa que me has hecho.

El proverbial buen humor del inspector Roderick había retornado.

—Por la boca muere el pez —dijo—. Ésta vas sí que me has cogido.

Sonrió, la besó suavemente en la boca, y, de pronto, se llevó las manos al estómago.

—Ahora recuerdo que llevo cerca de veinticuatro horas sin probar bocado. Tengo un hambre canina. ¿Comisteis vosotros ya? —preguntó a su esposa.

Ésta denegó con la cabeza.

—Entonces...

Mandó torcer hacia el barrio griego y parar ante un restaurante cualquiera de los muchas que hay en él. Despidieron al «taxi» y entraron. Mientras les preparaban un succulento almuerzo, Roderick llamó al inspector Kirby por teléfono, citándole allí. Luego sentóse a la mesa y engulló con apetito de fiera. Entre bocado y bocado gastaba bromas a su esposa o al confidente, pero, así y todo, caía muy a menudo en reflexiones.

C. S. Allison parecía desganado. Una cierta palidez, que apenas si Roderick había notado, se extendía por su semblante. Quizá se debiera a lo poco que había dormido últimamente. Dos o tres veces intentó hablar, incluso abrió los labios para hacerlo, pero volvió a cerrarlos sin articular palabra. A los postres llegó el inspector Kirby. Besó la mano a la señora de Arnold con una inclinación versallesca y enseguida quiso saber qué le había pasado.

—Cuéntame antes cómo van esas investigaciones —respondió Roderick—. ¿Se sabe algo de los asesinos? ¿Y del dinero?

—Nada en absoluto. Parece como si se los hubiera tragado la tierra.

Una vez más, C. S. Allison quiso hablar, pero no le salieron las palabras. Roderick Arnold le puso una mano sobre el hombro.

—Suelta lo que sea de una vez. Me estás poniendo nervioso.

—Es que... —tartamudeó el confidente—. Pensaba que, comoquiera que esto se va prolongando, y a mí me esperan en Europa, pues...

—¿Quieres dejarnos? Perfectamente... Tu compañía, puesto que ya me has identificado a los ladrones, no me es necesaria... Perdona que yo no haya caído en ello. No es necesario que prolongues más tu marcha. ¿Tienes ahí el pasaporte?

Allison afirmó.

—En ese caso encarga un billete para Chicago. Una vez allí, coge tus cosas y lárgate a Suiza.

—¿Me vendrás a despedir a la estación?

—Probablemente sí, pero no saques billete de ferrocarril; mejor de avión. Ya sabes que el

F. B. I.,

no ha sido nunca tacaño contigo.

C. S. Allison se dispuso a salir. Súbitamente se acordó de algo y regresó a la mesa.

—Adiós Mary... Adiós, inspector Kirby. He tenido mucho gusto...

Besó la mano de Mary Fergusson, estrechó la del inspector Kirby y se deslizó hacia la calle.

—Nunca he visto tan nervioso a Allison —comentó la joven.

—Ni yo; es muy raro lo que le pasa, pero, en fin, ¿decíamos, Kirby?

Antes de que el inspector Kirby tuviera tiempo de hablar, un camarero se lo impidió, pronunciando por dos veces su nombre.

—Yo soy —dijo, respondiendo a la llamada del camarero.

—Allí; le llaman al teléfono.

Kirby se levantó.

—Debe de ser mi ayudante. Le dije que si había algo nuevo me llamara aquí.

Volvió a los tres minutos.

—¿Qué hay?

—Han encontrado a dos sospechosos en una pensión de este barrio, asesinados. Se habla de un tercero y de un maletín. Estos últimos han desaparecido.

—Veamos si son los mismos. Tú, Mary, retírate al Astoria y toma habitaciones. Voy a echar una ojeada a esa pensión, y, salvo fuerza mayor, me retiraré a descansar temprano.

—Sí, querido.

Salieron. Mary Fergusson, tras besar a su nutrido, se despidió del inspector Kirby y partió en un «taxi» hacia el hotel Astoria.

—¿Dónde está esa pensión?

—A la vuelta de la esquina; podemos ir andando.

A las seis de la tarde en punto, ambos inspectores del F. B. I., estaban en el lugar del suceso: una habitación estrecha y miserable, verdadera zahúrda.

Roderick, de una simple ojeada, reconoció a los muertos. Se trataba de «Póker As» y de uno de sus compinches. El desaparecido era precisamente aquél a quien sus compañeros designaron siempre con el sobrenombre del «Canadiense», y cuyo acento francés llamaba la atención incluso a los menos entendidos en fonética.

Al jefe lo habían asesinado mientras dormía, de una tremenda puñalada en el corazón. Al segundo lo habían matado de un tiro por la espalda. Roderick Arnold se figuró la escena. Una vez más la avaricia había jugado un importante papel en el nuevo crimen.

Unos a otros, los complicados se iban suprimiendo, sin duda con ánimo de tocar a mejor parte.

El ayudante del inspector Kirby interrogaba al hostelero. Roderick Arnold le quitó materialmente la palabra de la boca para preguntar él.

—¿Cuántos individuos vinieron a hospedarse en su pensión con éstos?

—Uno más y ellos. Todo el equipaje que traían se componía de un maletín... Les cobré por adelantado, como es de rigor en estos casos, y los hice firmar en el libro registro... Llegaron aquí al amanecer y tenían aspecto cansado. Me ordenaron subir de comer y de beber y luego se encerraron en sus habitaciones. Está en que han

aparecido los cadáveres pertenecía al de la cama. Los otros ocuparon una con dos camas al extremo del pasillo.

—Prosiga.

—A eso de las diez de la mañana alguien llamó por teléfono a uno de ellos, precisamente el que ha desaparecido y que tenía un acento rabiosamente francés.

—¿Le vio usted salir cuando se marchaba?

—Sí; fue a eso de la una. Iba yo a subir a despertarles por si querían bajar al comedor, cuando me lo encontré en la escalera. «Están durmiendo —me dijo— y no quieren que se les despierte todavía. Ya le llamarán si desean algo». En vista de que no llamaban ni daban señales de vida, a eso de las cinco me decidí a llamar. Nadie me contestó. Entonces abrí la puerta y me encontré con ese cuadro.

El inspector Arnold sabía ya cuánto quería saber. La ausencia corporal de nuevos personajes en el nuevo drama le hacía meditar. Y lo mismo la llamada telefónica. Pensó detenidamente en cuanto le había sucedido en las últimas veinticuatro horas, y principalmente en los minutos que precedieron a la conferencia con su mujer, al apagón de la luz y al golpetazo recibido en la cabeza.

¿Por qué no sospechar de Ada Whitman y de Clarence Frick? Ellos habían abandonado la casa por su mandato, pero muy bien podían haber regresado a ella sin ser vistos, para sorprenderle y reducirle. Le costaba trabajo creerlo, más toda era posible.

—¿Sabes dónde podremos encontrar a Clarence Frick y a su esposa?

—Han tomado habitación en un hotel de segundo orden en la calle Dieciséis. Estuvieron esta mañana en mi oficina esperándote, pero cuando yo regresé sin ti se retiraron.

—He de interrogarles.

No hablaron más. En un «taxi» se dirigieron a la calle Dieciséis. Efectivamente, en el hotel indicado por Kirby hallaron a los dos jóvenes. En el libro registro figuraban con sus verdaderos nombres, como aquellos que nada tienen que temer ni ocultar. El doctor Dickson, hombre de cuarenta años, bajito y regordete, pero de cara de suma inteligencia, estaba con ellos, prescribiéndoles un tratamiento para recomponer sus nervios destrozados. Se despidió apenas entraron los inspectores.

—¿No le ha pasado nada, inspector Arnold? ¡Gracias a Dios! ¡Cuánto me alegro! —dijo Ada apenas les vio aparecer—. Ya conocí esta mañana a su esposa. ¡Simpática mujer! Cómo la compadezco, inspector...

—Gracias —cortó Roderick un tanto secamente. Y después de una brevísima pausa, añadió—: Tengo que hacerles unas preguntas.

—Usted dirá, inspector —intervino Clarence.

—Antes de nada, dígame una cosa, señorita. Durante el tiempo que ha estado prisionera, ¿vio en la casita de Yonkers algún individuo aparte de aquellos que la secuestraron y que nosotros detuvimos esta mañana?

—No —contestó categóricamente Ada—. Uno de los tres, el que llamaban «Póker As», fue el que me detuvo en el jardín de mi casa cuando regresaba a recoger mi ropa. Me ató y amordazó y me condujo a un automóvil que esperaba en las cercanías. Luego se unieron a él los otros dos. A uno lo llamaban «el Canadiense» sospecho que era francés del Canadá, y otro cuyo nombre o apodo desconozco.

—Se llamaba Brancrof. Acabamos de encontrarle muerto junto con «Póker As». Pero prosiga. ¿De veras que no vio a nadie más?

—Ni entonces ni cuando me encerraron. Estoy absolutamente segura.

—Y ahora yo también; pero entonces... ¡Veamos! ¿Qué hicieron ustedes cuando les ordené que se vinieran para Nueva York? —Esta pregunta iba dirigida a Clarence.

—Lo que usted nos dijo. Ocupamos el «taxi» y le dimos la dirección de la Oficina Federal, adonde estuvimos esperándole.

—¿No volvieron a la casa?

—Podemos jurarle que no.

—No olviden ustedes que es un punto que puedo comprobar interrogando al «taxista».

—No tardamos arriba de dos minutos en llegar donde él esperaba.

—En ese caso...

Roderick Arnold salió sin despedirse. Esta falta de urbanidad, increíble en él, siempre tan atento, y, sobre todo, sus anchos hombros caídos ahora hacia tierra como si una fuerza superior tirara de ellos, hicieron ver al inspector Kirby todo lo preocupado

que se encontraba su colega.

—Roderick...

—Habían dejado el hotel y caminaban por la acera a buen paso. Roderick no le oyó. Tuvo que repetir:

—Roderick, ¿qué te pasa?

Fue entonces cuando éste levantó la cabeza. Sus ojos estaban serios y velados. Por primera vez desde que le conocía le vio mirar con dureza.

—Me cuesta trabajo creerlo, pero no encuentro otra explicación.

—¡Allison!... —exclamó el inspector Kirby, súbitamente inspirado.

Roderick asintió.

—¿Habías pensado tú ya en él? —preguntó luego.

—Fue una sospecha que deseché por improcedente. Pero se me ocurrió al verte regresar sano y salvo. Teniendo en cuenta el sangriento y radical modo de obrar de los asesinos, me extrañó mucho que respetaran vuestras vidas.

—Él sabía que yo estaba en el pozo.

—Y, sin embargo, a nosotros nos aseguró categóricamente que te habían llevado con ellos.

—¿Me dejó allí para que me muriera o tal vez con la esperanza de que me salvarais? ¡Qué sé yo! Lo único que sé es que me gustaría equivocarme.

Un segundo después ambos inspectores entraban en sendas cabinas telefónicas. Mientras Kirby llamaba al aeródromo de La Guardia, Roderick se puso en comunicación con la estación Grand Central. Éste habló durante unos minutos con el inspector de servicio allí, haciendo señas a Kirby para que no repitiera la llamada a la estación de Pensilvania, como parecía su intención. Cuando colgó el aparato su frente estaba mucho más borrascosa todavía.

—¿Qué?...

—Ha embarcado en el expreso de California. Lo recuerdan perfectamente, pues les enseñó su pasaporte e hizo hincapié en su calidad de confidente del

F. B. I.

Pero esto no es todo. Allison no va solo. Le acompaña un joven de quien el propio Allison salió fiador.

—¡Del «Canadiense»!

—En efecto. Y es muy fácil que se dirijan al Canadá. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar a Albany antes que el tren. Allí es la primera parada. Ordena que nos preparen un avión mientras yo pongo en antecedentes de todo a Mary...

El inspector Roderick Arnold, en cuanto el convoy entró en agujas, pasó al andén de la estación de Albany, seguido de su colega Kirby y de media docena de agentes especiales que conocían a C.

S. Allison.

Estos últimos, por orden del primero, ocuparon las salidas con recomendaciones terminantes de detenerlo vivo o muerto. No era necesario andar con contemplaciones.

Mientras, los dos inspectores subieron al tren y se dedicaron a recorrer, uno por uno cada vagón y cada departamento, empezando por el de cabeza. No más de cinco minutos tardaron en localizar al que buscaban. Estaba en el vagón de lectura departiendo amigablemente con una dama de alguna edad, en espera, sin duda, de que el camarero anunciara su turno para la cena.

Al ver ante él a Roderick y a Kirby miró a su alrededor como conejo acorralado. Ante la seriedad y dureza con que los hombres del

F. B. I.,

le saludaron se le cayó el alma a los pies. No obstante, se repuso enseguida, hizo una inclinación de cabeza a la dama y se puso a disposición del que hasta hacía poco había sido uno de sus mejores camaradas.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió, por decir algo.

Roderick, por toda respuesta, dijo:

—Llévanos dónde está «el Canadiense». Sabemos que viaja contigo.

La mirada de conejo asustado se acentuó en los ojos de Allison.

—¿Conmigo? —se asombró—. Te han informado mal.

—Dame el número de tu departamento.

Como el otro vacilara, Roderick le cacheó rápidamente, sacándole, de uno de los bolsillos de la americana, el billete y la reserva.

—Llévatelo, Kirby, y espérame con él en su compartimiento. Si

intenta huir, mávalo.

Temblaba un acento de emoción y amargura en sus palabras. Agregó:

—Yo voy a ver si consigo localizar al otro.

Poco después se reunía con su colega y con el detenido.

—No he encontrado ni rastro de él.

—Ya te he dicho... —empezó Allison. Kirby le cortó:

—¡Cállate! Yo, sin embargo, he encontrado esto.

Sobre la litera, una maleta abierta mostraba su contenido. Roderick Arnold tenía la certeza de que se trataba de los billetes robados, mas, por simple rutina, comparó una vez más su serie y su número con la serie y los números anotados en su libreta.

—C. S. Allison —dijo de pronto haciendo un gran esfuerzo para sobreponerse—, te detengo como complicado en el robo del Savings Bank, en el asesinato de los Chelson, en el de los Whitman, en el de dos de tus propios cómplices y también en la desaparición del tercero.

—Yo no tengo nada que ver con eso; déjame explicarte.

—Ya tendrás tiempo de hacerlo ante el tribunal.

Con brusquedad que decía claramente el dolor que le estaba costando en aquel momento cumplir con su deber, Roderick Arnold trabó las manos del exconfidente, mientras su colega cerraba la maleta. Luego, con un leve empujón, le obligó a caminar delante de ellos.

—¡Escucha! ¡Escucha! ¡Tienes que escucharme!

Roderick Arnold cerró sus oídos a todas las palabras. En vista de la insistencia, respondió:

—Ya hablarás cuando viajemos hacia Chicago, adonde tendrás que responder de tus crímenes.

—Yo no soy un criminal, Roderick. No he matado a nadie ni tengo nada que ver con los asesinatos. Ni siquiera con el robo del Banco. Fue en la casita de Yonkers cuando yo, en mala hora, empecé a intervenir. Me cegó la ambición. Vi la posibilidad de poderme quedar con los cien mil dólares. Y lo hice. Fue una tentación de que me arrepiento, Roderick. Yo dejé flojas las ligaduras de «Póker As» y apagué la luz. Él te golpeó. Había imaginado un plan y lo puse en práctica. Aquel dinero a cambio de la libertad de los bandidos. Ellos aceptaron y...

—No seas absurdo —gritó más que dijo el inspector Arnold en el momento en que descendían del tren. Se paró en el andén y golpeó el pecho del confidente con un dedo acusador—. ¡No seas absurdo! —repitió, fuera de sí—. Toda esa disculpa se cae por su propia base. Tú eras su cómplice ya cuando me llamaste por teléfono en Chicago para decirme que habían asaltado el Savings Bank. No intervenías en ello directamente, pero lo sabías. Tenías un mínimo de participación por tu silencio; pero en la casita de Yonkers viste la posibilidad de quedarte con todo. Allí fraguaste la huida de mis prisioneros, y, a renglón seguido, su muerte. Convenciste al bestia del «Canadiense». Así seríais sólo dos a repartir. El aceptó ser él brazo ejecutor, mientras tú preparabas el plan de fuga, aprovechando el pasaporte de que dispones. Sin embargo, eres un verdadero idiota. Lo has sido y lo sigues siendo al tratar de equivocarme.

—Te digo la verdad; créeme, Roderick —exclamó Allison, suplicante.

—Escucha, imbécil. Si tú hubieras conseguido ese dinero, como dices, a cambio de la libertad de los culpables, ellos, en venganza, te hubieran delatado sin pérdida de tiempo. Aparte de esto, era natural que tú te hubieras quedado con el producto de tu «transacción»; es decir, con el maletín; *pero está absolutamente comprobado que el maletín con el dinero estuvo en poder de «Póker As» hasta que «el Canadiense», siguiendo tus instrucciones, los «pasaportó».*

El razonamiento de Roderick era abrumador. C.

S. Allison

lo comprendió así, y una torcida sonrisa asomó a sus labios.

—En todo esto ha habido un error —dijo—: que en la casita de Yonkers fui demasiado sentimental. No debí respetarte la vida... De no escuchar las lamentaciones de tu mujer, a estas horas estarías muriéndote en el fondo de aquel pozo y yo estaría marchando hacia la libertad y la fortuna.

Kirby sintió un escalofrío recorrerle a lo largo de la espalda. Roderick, por su parte, se sentía ahora más tranquilo. En aquel terreno ya era otra cosa hablar al detenido.

—¿Qué hiciste del «Canadiense»? ¿Dónde está?

—Siendo tan listo, puedes figurártelo. Ponte en mi lugar... ¿Por

qué repartir con nadie lo que podía ser enteramente mío? Además, me estorbaba. Era el último que podía hablar. Mi seguridad estaba en que él desapareciera. No tardarán mucho en hallarle en la vía. El pobre muchacho se cayó... Un lamentable accidente...

Rió con una carcajada hueca, sin ganas. Roderick, angustiado, le animó a caminar. Lo que ocurrió después fue visto y no visto. Sin dejar de reír como un loco, C.

S. Allison,

el pequeño exconfidente, que en mala hora se dejó arrastrar al mal por una ambición desmedida, corrió hacia el convoy, que acababa de ponerse en marcha.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Párate, loco! —gritó Roderick, sin decidirse a usar su pistola.

—¡Déjame a mí! Esto es más cosa mía que tuya —intervino el inspector Kirby, preparando su arma.

C. S. Allison había conseguido poner ya el pie en el estribo. Kirby afinó su puntería; pero, antes de disparar, ocurrió que el hombrecillo, al querer ponerse a cubierto en el interior del vagón, perdió pie, cayó al suelo y fue arrollado.

—¡Que Dios le perdone! —Fue cuanto a Roderick Arnold se le ocurrió decir, mientras se quitaba el sombrero y caminaba al encuentro del cadáver...



AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR
y AMENIDAD

EPÍLOGO

Transcurrido un año, en su retiro de «Cripton Rik», en la frontera canadiense, Roderick Arnold recibió un paquete y una carta. Abierta ésta durante el almuerzo, se la leyó en voz alta a su mujer. Decía así:

«Mi querido amigo: Por correo aparte le envió un ejemplar de mi primera obra literaria. Se trata de un libro que con anterioridad fue publicado en forma de folletón en el “New York Times” y que obtuvo un éxito inesperado. Todo él escrito y pensado con el alma, está lleno de vivencias y recuerdos que, más que a mí, a usted atañen. Por eso se lo envió.

»Al mismo tiempo quiero darle una noticia, para mi excelente: un día de éstos la cigüeña visitará mi casa.

»Póngame a los pies de su mujer; recuerdos para ambos de la mía y usted reciba un fuerte abrazo de su reconocido y buen amigo.

»*Clarence Frick*».

Al llegar al penúltimo párrafo los esposos Arnold sonrieron. Sobre la marcha, Roderick redactó este lacónico telegrama:

«Agradézcole el libro y felicítóle gran noticia. Nosotros también esperamos la cigüeña. Saludos.

»*Roderick-Mary*».

A los postres, el exinspector del
F. B. I.

hizo saltar la cuerda que ataba el paquete. Lo primero que le saltó a los ojos fue el título del libro: ¡ACUSADO! Leyó el último párrafo:

«Y así, para los buenos, la vida y la felicidad; para los malos, la destrucción y la muerte».

»*Clarence Frick*».

FIN

OBRAS PUBLICADAS DE A. G. MURPHY.

EN NEVADA:

«Sangre en la pradera», núm. 51.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

«¡Insurrección!», núm. 51.

EN F. B. I.:

«El hombre de las tres caras», núm. 15.

«Horas trágicas», núm. 26.

«Nueva York-San Francisco», núm. 32.

«Hermano contra hermano», núm. 37.



Misterio en Viena

es la misteriosa historia sobre el período amanzado
de la postguerra en la Europa Central.

O. C. TAVIN

el aclamado escritor por sus novelas apasionadas en
esta misma Colección siempre maravillosamente con su
mayor producción.

Misterio en Viena

Un Agente Especial del F. B. I. labura incansable y
peligrosamente en la jungla de espías y contra-es-
pías europeos. Se encuentra solo y sin más amparo
efectivo que su poderosa inteligencia, la fuerza de
sus puños y la carga mortífera de su automática. El
avanza y descubre.

NOTAS

[1] Ver «Sin cuartel», del mismo autor, núm. 40 de esta Colección.
(N. del E.). < <

[2] En Nueva York, los trenes del «metro» se dividen en «exprés» y «local». Éste para en todas las estaciones; aquél en las de mayor categoría (N. del E.). < <

[3] En Centre Street está situado el Departamento de la Policía Metropolitana de Nueva York y también la filial del

P. B. I.

(N. del E.). < <